

Año XXXII.

Madrid, Jueves 26 de Septiembre de 1912.

Núm. 39.

## La lámina de hoy

En el número 37, al hablar del empujamiento de las mujeres de Villafranca por Zumalacárregui, referí también que se entretuvo en dar latigazos á las que iban bajando de la torre en que se defendían los sitiados, ensañándose con Claudia, hermosísima mujer, esposa del comandante de la fuerza, Sr. Gimeno. Por esto no lleva explicación la lámina de este número.

Pero no quiero dejar de hacer esta observación:

El hombre que obró tan cobardemente y tan villanamente, había sido jefe del Ejército español, estaba bien educado, era bravo, y el mejor general que los carlistas tuvieron, condiciones todas que debieran excluir hasta la suposición de atropello tan infame.

Pero no sé que tiene el carlismo, que en cuanto un hombre siente inclinaciones hacia él, se convierte, si es honrado, en ladrón; si digno, en canalla; si bondadoso, en asesino.

Cierto es que en todas las guerras en que intervino, aunque fuese en cantidad mínima, el interés religioso, ocurrió siempre lo propio: el hombre que cree, ó finge creer que sirve la causa de Dios, piensa que no tiene otro medio mejor de demostrarlo, que robando y asesinando al prójimo; pero hay que ser justos y darle á cada cual lo suyo: los carlistas batan el record en esta carrera... de crímenes.

Desgraciadamente para España, muy en breve quedará otra vez demostrada esta verdad incontestable, si los liberales no comienzan desde ahora á cortarles las alas al buitre negro, ya que cometieron la torpeza de dejárselas crecer.

## En acción de gracias

¡Oh, Señor de Cielos y Tierra, que no te cansas de recorrer en sus cuitas ni de dispensar tus favores á este empedernido pecador!

Dígnate recibir benévolo las gracias que te doy, por haberme reservado para las postrimerías de mi tránsito por este valle de lágrimas la satisfacción mayor á que aspiré, y que por merecerla trabajé con perseverancia y celo: la de ver á todos los que cubren con tu nombre sus concupiscencias, sus delitos y sus crímenes, denostándome, injuriándome, calumniándome y maliciándome.

Dado que mortal alguno haya alcanzado felicidad tan grande. Saber que don-

de quiera que hay un católico, seglar ó eclesiástico, allí hay un ser que me execra, es centuplicar por millones de millones la dicha que en mi ambición de gloria terrenal entrevi.

¡Qué locura, qué delirio, qué derroche de venturas no soñadas, el saber que en cada ciudad, en cada villa, en cada pueblo, en cada aldea hay representantes tuyos que abominan de mi nombre, coreados por los rebaños de cuya leche viven, con cuyos bellones se visten, y con cuyos balidos se recrean!

¡Qué orgullo comparable al mío, al enterarme de que todos los que cuentan contigo se preocupan de mí; que todos cuantos creen engañarte, lo mismo en palacios episcopales, que en conventos abarrotados de dinero y fusiles, que en iglesias donde se cobran sacramentos, que en asociaciones formadas con fines religiosos para encubrir apetitos y liviandades mundanas, que en redacciones de periódicos donde los alquileres de la inteligencia aparentan sentir lo que escriben, que en todas partes, en fin, donde se burla la justicia, se enloda la caridad y se explota el infortunio, caen sobre mi nombre frases de anatema!

Gracias, Señor, gracias infinitas te doy, al par que te ruego me retengas tres ó cuatro años aún en este misero planeta, plazo que necesito para dejar plantados en el campo de la civilización los árboles que han de dar las estacas suficientes para moler las costillas de tanto hipócrita, tanto miserable y tanto canalla como vive y medra poniendo sobre su moral averiada el pabellón religioso, y que á ti te blasfeman de obra casi tanto como á mí me escarnecen de palabra.

JOSE NAKENS

## Autopsia del carlismo por los carlistas

Así como el Santo Tribunal de la Inquisición se fundó principalmente para apoderarse de los bienes de los tachados de herejía y repartírselos entre los inquisidores, el rey y el papa, el carlismo parece haber sido creado para que roben, asesinen, incendien y violen á mansalva los que bajo su bandera se cobijan.

Los cabecillas roban brutalmente, sin cuidarse de guardar las formas; los que mandan gran núcleo de fuerzas, no se diferencian de ellos más que en la mayor cuantía de sus robos; los que recaudan contribuciones para la santa causa, se anexionan fuertes cantidades; en la lla-

mada Corte se venden favores y grados, y por dinero se satisfacen ambiciones, odios y venganzas; y todo esto estando en lucha para salvar *santos* principios, y teniendo, por tanto, que contenerse un poco para no escandalizar mucho á los de abajo con tan *santos* ejemplos. ¿Qué no harían si llegasen á triunfar?

A los textos, *todos de carlistas*, publicados en el número 37, voy á añadir los siguientes, de autoridad indiscutible.

Parte que con fecha 4 de Diciembre de 1836 firmaba el jefe carlista Miralles, refiriéndose al cabecilla Trempat:

«Son tantos LOS ROBOS Y TROPELIAS que causa en el país, que si V. S. lo supiese por menudo, quedaria HORRORIZADO de tantos excesos.»

Cándido en demasía antéjase en esta ocasión el ciudadano carca Miralles, al suponer que en el carlismo se horroriza nadie por esas cosas; y la prueba es que ninguno se aparta de él al saberlas. Sin la franquicia para robar y asesinar impunemente, ¿quién se prestaría á desempeñar el deshonesto papel de cabecilla? Ciertos cargos necesitan reportar buenos provechos, para que no falte nunca quien los desempeñe: el de verdugo, por ejemplo, á pesar de no ser tan innoble como el de cabecilla.

Y si alguien me dijere que una golondrina no hace verano, y que no deben imputarse á un partido las faltas de uno de sus individuos, le daré la razón desde luego, pero me permitiré decirle:

«¡Ahi va, no una golondrina, sino un bando que anubla el sol!»

El comandante de las fuerzas carlistas de una división del campo de Tarragona, decía al jefe supremo de Cataluña en 14 de Noviembre de 1836:

«Que si no se nombra otro comandante general en lugar de D. José Masgoret, todos vendrán á retirarse á sus casas y otros se pasarán al enemigo, á los liberales, como lo han verificado algunos ya, por la mala opinión y fama que tiene el indicado señor, que hace más de ocho meses está en una casa de campo llamada *Ayunvivi*; desde allí va atropellando todos los pueblos con nuevos pagos y contribuciones... y sería muy largo explicar el ESCANDALO que ha dado á dicho país el susodicho comandante.»

El autor de esta representación ofrecía, como prueba de sus acusaciones, «el testimonio de los labradores *mds realistas* de todo el país, el de los párrocos, y el de varios jefes carlistas, uno de ellos Tristany.»

Autoridades respetables eran todos en



la materia, por el hábito y costumbre de oír, ó presenciar, ó ejecutar hechos iguales á los denunciados; pero creo que se hubieran abstenido de dar francamente su opinión, para no exponerse á que el Masgoret les dijese que se ensañaban con él por aquello de: «¿quién es tu enemigo? El de tu oficio.»

«El comandante carlista D. Eudaldo Carné, después de la acción de Siete Aguas, en Julio de 1836, decía en su orden general: «Que habiéndose extraviado casi todos sus equipajes, y siendo tan escandaloso el robo que se ejecutó, prevenía bajo la más severa responsabilidad que todos, sin distinción de clases, presentaran cuantos efectos hubiesen recogido, sin que valiera la excusa de haberlos cogido al enemigo, pues yo mismo, añadía—*fuí testigo de lo que particularmente y en general se practicó.*»

Aquí este Sr. Carné actuó de juez en causa propia, lo que está prohibido por la ley; pero, en cambio, debemos reconocer que estuvo dentro de los cánones de la andante *carlistería* (ladronería estudiada acaso mejor), que castigan implacablemente al bandido que cercena á un compañero la parte más ínfima del robo que juntos acaban de hacer. Con seguridad que ese Sr. Carné no dice una palabra si no le *carlistean* sus equipajes, así hubieran dejado sin camisa al verbo divino.

El cabecilla Quilez, en una proclama á los aragoneses fechada en Junio de 1837 decía:

«Comparad el ruinoso estado del país con el floreciente que tenía antes de sujetarse al capricho de *ese hombre feroz*, de *ese bárbaro*, *deshonor de los carlistas*, de *ese Cabrera*, *asesino tan cruel* como *militar cobarde*, que juega con vosotros como esclavos.»

«No ignoro el desprecio con que os trata *ese perverso*, subyugándoos á *jefes catalanes* y despojándoos de vuestros *beneméritos compatriotas*, Arévalo, etc...»

«¿A qué puede conducir tan injusta preferencia? No á otra cosa que á hacerse con un capital para abandonarlos.»

No sé, por no haber tropezado aún con documento que lo acredite, la contestación que Cabrera le daría, aunque sé la que le hubiera dado si le coje: fusilarlo. Pero, dados los antecedentes de Quilez, que robaba como cualquier héroe de escapulario, y que fusiló el 16 de Abril de 1836 en Ejulve once liberales, entre soldados y nacionales; que en 30 de Mayo de 1836 repitió la suerte con cuarenta y cinco en Bañón, entre oficiales del Ejército y fusileros de Aragón; que en 17 de Julio de 1837, ídem de lienzo en la Puebla de Híjar con 27 nacionales de Samper y otros pueblos, sin contar otros muchos fusilamientos de menor cuantía, dados, repito, estos antecedentes, es de presumir que Cabrera le contestase:

¿Es envidia ó caridad?

En una alocución que Maroto dirigió

á sus soldados el 3 de Marzo de 1839, después de vindicarse ante D. Carlos de las acusaciones contra él formuladas por la camarilla teocrática, se lee:

«...funcionarios detestables que nos iban conduciendo al estado más calamitoso, en cambio de arrancar de estos *fieles habitantes hasta el alimento preciso á sus personas y familias*...»

«...conducidos por un partido de traición que sólo aspiraba á *formar y engrosar peculios* á costa de millares de personas que en toda Europa juegan su suerte en el triunfo de la legitimidad, en el entretanto que nuevos impuestos, mayores sacrificios y más *oscura y desconocida distribución de ellos* redoblan nuestros trabajos y positiva escasez.»

Los carlistas llaman traidor á Maroto por lo del convenio de Vergara, y yo lo censuro también... por no haberlo pactado antes. Sabiendo como estaba el carlismo, y lo que era, y la escasa valía del que lo simbolizaba, obró como hombre digno y honrado y patriota al cegar aquella sima de crímenes, al deshacer aquella cuadrilla de ladrones, al secar aquel mar de sangre.

En otra alocución que el cabecilla Cabanero dirigió á los aragoneses que militaban con Cabrera, después de manifestar que había representado verbalmente al Pretendiente para libertarles de aquel *hombre inmoral*, decía:

«Todo fué ilusorio, hijos míos. Don Carlos y Cabrera no tienen otro objeto que el aniquilamiento de los pueblos y su destrucción; la única ley, su propio interés ¡Vosotros, hijos míos, sois los solos á quienes se quiere continuar siendo (textual) el ciego instrumento del más cruel é inhumano de los hombres!»

«Acobardados vuestros extraños jefes con los descabros en el Alto Aragón y en este Principado, en donde últimamente *las masas catalanas carlistas* han causado con sus *cobardías* nuestras derrotas, puedo aseguraros que preparan vuestra destrucción, pues Cabrera, Forcadell, Llagostera y otros están conchabados para refugiarse al extranjero, para vivir allí relegados con el peculio que han sabido proporcionarse con las contribuciones y productos de los ricos frutos y baños que nuestros pueblos han llevado á Cantavieja, en donde, como sabéis, se comerciaban por una compañía de catalanes á ínfimos precios, con escandaloso soborno de ese Cabrera...»

Hay que advertir que quien así hablaba no era escrupuloso en demasía, pues había fusilado *noventa* nacionales y francos en Camarillas en Octubre de 1837 y cometido otros varios asesinatos y robos. Esto nos indica cuánto más no hubiera dicho teniendo las manos limpias de sangre y las uñas de robos.

Cedo ahora la palabra al cabecilla Gómez, que le decía al mismo D. Carlos:

«Las tropas de Aragón (las carlistas) *cobardes é insubordinadas*, huyen á la vista del enemigo; *atropellan y roban*

*cuanto encuentran*. Las fuerzas de la Mancha son aun peores; sus jefes y soldados no son más que unos *facinerosos*. Prefiero la muerte á tener á mis órdenes semejantes *foragidos*, que no conocen ni religión ni ley: *son ladrones y nada más.*»

No digo que no tuviera razón, pues le sobraba; pero aquí de aquello: «madre, llámeselo antes que nos lo llame.» ¡Porque cuidado si el amigo tenía *casualidades* de estas en su capa de carlista!

Y si no, véase lo que varios compañeros en bandidaje decían de él:

«En marchas forzadas, (en su expedición á Andalucía), sin cálculo ni prudencia, perdió la mitad de sus fuerzas antes de llegar á la Mancha; enemistó á cuantos jefes encontró en aquellas provincias; promovió la desunión; maltrató á los que le acompañaban; prendió y persiguió á sus principales caudillos y á otros muchos cuyos nombres formaban el prestigio entre los levantados y los alistados; incendió pueblos; impuso cuantiosas multas á particulares y vecinos; apresó y arrastró tras sí á señoras del más alto respeto; insultó á virtuosos sacerdotes; y fusiló, por su mera voluntad, á cuantos caían en sus manos, sin formación de causa ni sumario.»

Y para reforzar ese juicio, á continuación inserto lo que decía de Gómez el conspicuo carlista D. Manuel Arizaga:

«El célebre D. Basilio, no sólo cobró mensualmente en su expedición á Andalucía el sueldo asignado á un capitán general en ejercicio, sino que se señaló y cobró *mil* reales diarios para el pago de confidencias que siempre le produjeron sorpresas y derrotas, y un duro para gastos de secretaría, de la cual no salía nunca un solo oficio. No era igual la suerte de los jefes, oficiales y soldados que tuvieron la desgracia de acompañarlo, que sólo recibieron un *tercio* de su paga en cinco meses...»

En vista de estos cargos tan verídicos como contundentes, la Corte de D. Carlos, que estaba enojada con Gómez á causa de no haber repartido algo de lo mucho que robó, consiguió que se le procesara á pretexto de que había desobedecido la orden que se le dió de no hacer su correría más que por Asturias y Galicia; no habiendo caído en la cuenta de esta desobediencia hasta que vieron los ridículos cuanto rapaces palaciegos que Gómez se quedaba con todo lo que había *carlistado*.

Uno de los individuos de la comitiva de D. Carlos, dice hablando de las tropas que lo acompañaban en su expedición hacia Madrid:

«Los voluntarios robaban; la desunión, la envidia, la intriga y la *chismografía* aumentaban por momentos. Dios sólo sabe lo que pasó en aquel campamento, donde la reunión de una masa de hombres disgustados y sin distracción, la ociosidad les hacía olvidar sus más sagrados deberes.»



Si así eran los que, por formar parte de la expedición donde iba su rey, debían ser los mejores, ¿qué tal serían los otros?

Teniendo esto presente, no se sabe si soltar la carcajada cuando se ve al obispo de Solsona recibir á D. Carlos bajo palio y dirigirle una felicitación, comparándole con David y llamándole «la admiración de Europa», concluyendo por proclamarle el «representante de la causa de Dios.»

¿Aunque, cómo extrañar, si eso mismo dicen ahora los curas facciosos de don Jaime, como antes lo dijeron de don Carlos, y si el relato de los excesos, los crímenes, los asesinatos y los horrores de la segunda guerra civil fueron copia exacta de los de la primera, como los de la próxima lo serán de los de las dos?

Todos los ramos de la moralidad andaban lo mismo entre los carlistas.

En Oñate, donde residía el cuartel de D. Carlos, se jugaba escandalosamente cuando mayor era la penuria del ejército. Un general escribía á Maroto sobre esto y le decía:

«Lleva la banca un tal Landeras, secretario de Gómez durante la expedición, y le acompaña S... J..., el majó de Estella, etc., etc.»

Se advertirá que, no siendo para mantener y vestir á los que derramaban su sangre impulsados por la ignorancia ó el fanatismo, para todo había dinero en el campo carlista, especialmente en aquella Corte de aventureros y buscavidas que protegían á todo cabecilla que les llevaba dinero, echaban zancadillas constantes al que no se entendía con ellos.

Y allá va ahora el trueno gordo, si en esto de la inmoralidad y el crimen hubo alguna vez en el carlismo trueno que no alcanzase esa categoría:

Nombrado Urbiztondo mariscal de Campo del ejército carlista, fué mandado á Cataluña para que *meliera en cintura á unos jefes que proceden como reyecitos*. (Frase de D. Carlos).

A los dos meses escasos, cuando empezaba á poner orden en aquel desconcierto, D. Carlos le envió unos comisionados, con encargo de reprenderle y aun suspenderle en el mando si se resistía á cumplir las órdenes estúpidas inspiradas por los clericales que rodeaban al Pretendiente, y que se reducían á *exterminar á los liberales*.

Eutonces Urbiztondo dirigió á D. Carlos una Exposición digna y enérgica, de la que tomo estos párrafos:

«Cuando V. M. se dignó confiarme el mando militar de Cataluña, pensé encontrar elementos que me ayudasen á abrir las sendas de la restauración del Principado; mas me espante, señor, cuando sólo vi el CRIMEN con el lema de Carlos V.»

«No se pasa día sin que no lleguen hasta mi quejas lamentables contra algún jefe de división, de brigada ó de cuerpo; de que hizo morir á palos á una mujer sin darle tiempo ni aun para con-

sesar; que arrebató á otra de los brazos de su marido para sellar UN CRIMEN del que fué incentivo la indefensión y el clamar al cielo; que dio tormento á un hombre para sacarle tantas onzas; que ultrajó á los habitantes de un pueblo amigo al tiempo de hacerle pedidos escandalosos, cometiendo CRUELDADES ESPANTOSAS; que después de una capitulación de cumplimiento religioso, pasó por las armas los sesenta y cuatro rendidos; que á un sacerdote lo tiene encerrado á pan y agua en un subterráneo DÁNDOLE DE PALOS por mañana y tarde para sacarle una gran cantidad; á este tenor, señor, no tengo tiempo para oír tan amargos clamores... He dispuesto la formación de causa, faltándome fiscales que actúen en tan extraordinario número de procesos.»

«El que ha padecido tanto por V. M. y tantas veces ha tropezado con la escalera del patíbulo por la misma causa, no puede ofenderse de una reprensión simple y arbitraria; lo uno porque sé que me la ha dado V. M., y lo otro porque estoy bien seguro de no haberla merecido...

«Los que expusieron al ejército á perecer indefenso en Huesca; los que lo llevaron al combate en los campos de Barbastro, jugando toda su existencia para ganar una ventaja tan pequeña como milagrosa; los mismos que lo pusieron al frente del enemigo cerca de Guisona, donde éste la noche antes había colocado su artillería á media legua de nosotros; los que dieron lugar á que los enemigos reuniesen sus fuerzas por hacer descansos escandalosos en los pueblos; y últimamente, los que fueron la causa de que se relajase la disciplina, se perdiese la subordinación y se actuase el soldado para *cometer los mayores delitos*, ellos saben, señor, en dónde está la escandalosa y lamentable baja, y no en 400 hombres rezagados, que son los que aquí tengo. ¿Por qué no van á buscarla á los depósitos de prisioneros, en los cementerios y en las guarniciones y filas enemigas?

«Aún, señor, atormenta mi conciencia la idea espantosa de las víctimas de Gironella... La mañana del 11 de Julio, queriendo intimidar al enemigo, di la orden de romper su primera línea exterior; ¡cuál no sería mi espanto, cuando al entrar en la casa de Gironella tropecé con el cadáver de un anciano religioso, á cuyo lado y sobre uno de sus brazos tendidos estaba un niño de cuatro años, aún con las entrañas palpitantes; más allá una monja que apretaba entre sus manos la imagen del que nos redimió; no lejos una mujer desnuda y ennegrecida con su propia sangre, y á poca distancia un infeliz salpicado de heridas, que luego supe era un orate!... La sangre de nueve cadáveres mezclada con la de algunos animales me impidió el paso, que retiré sobrecoigido sin saber á qué parte»...

«Estos, señor, si bien son los resultados de la guerra, debe el que manda evitarlos á costa de otros menores sacrificios; es decir, que como militar no pude dar el asalto á Berga, y como hombre lo

hubiera resistido á no ver en peligro inminente las armas reales.

«Con nada es comparable la fiereza y sevicia de los llamados catalanes... Estoy averiguando si es cierto que uno de estos caudillos ha quemado viva á una mujer, para hacerle morir también quemado; y resuelto á castigar crímenes espantosos, tanto desorden público, y aun la agresión sobre opiniones en los hechos particulares, ó veré mi vida á la justicia, ó daré los encargos á mi rey.

«¿Quién, señor, puede persuadir á V. M. que el sistema de castigo impuesto al extravío de las opiniones políticas le ha de conducir al soberano trono? Sólo pueden hacerlo los enemigos de V. M.

«Una parte muy respetable de la nación está comprometida, y si se ha de buscar la causa, será preciso ir por las huellas de los desaciertos, las ingratitudes y las injusticias á encontrar el verdadero origen.»

¿Puede todo el liberalismo junto exponer cuadro más acabado de los crímenes del carlismo que ese, pintado por uno de los mejores jefes del campo carlista? Que se atrevan sus correligionarios á negarle autoridad á Urbiztondo.

Mas por si el cuadro les parece poco entonado aún, allá van otras pinceladas de la propia mano.

Justificando su conducta en Berga, población que los cortesanos querían que hubiese reducido á escombros y pasado á cuchillo sus moradores, decía el mismo general:

«¿Qué querían los enemigos de Vuestra Majestad? (se refería á los consejeros de D. Carlos), ¿qué querían que hubiese hecho en semejante caso? ¿Había de pedir á los sitiados dejar sus vidas y propiedades á la voluntad del sitiador? ¿Podía yo vencerlos si ellos hubiesen resistido? ¿Carecían de resolución y de todos los medios de defensa? Así se rinden los hombres que saben que al no ser perdonados ampliamente por sus opiniones políticas con seguridades que no dejen ilusorio el religioso cumplimiento, han de morir á bayonetazos antes de ir al sacrificio?... ¿Y así se introduce en los momentos de efervescencia y arrojo de unos vencedores que no conocen el derecho de gentes, cualquiera novedad estrepitosa en un pueblo, la mayor parte de inocentes, para dar ocasión al saqueo, motivo á las violencias y lugar al asesinato?...»

¿Se encuentran débiles todavía esas pinceladas? Pues allá va otra:

«No puedo ocultar—decía Urbiztondo á D. Carlos poco después—que me entristece y abate cuanto veo á mi alrededor y cuanto presumo que me cerca; yo no estaba acostumbrado á vivir entre el CRIMEN ni á quitar á los criminales mi sombrero llevando el bastón en mis manos. «V. M., señor, ME OBLIGA á sucumbir á tan ominoso sacrificio.»



¿Se quiere más aún? Pues siga hablando Urbiztondo:

«Los carlistas catalanes no conocen otro arte de la guerra que la *rapiña* y *vandalismo*; ni otros jefes que aquellos que más se han distinguido por acciones indignas; ni más derecho que obrar desenfrenadamente, atropellando las leyes y los fueros; ni más suborlinación que su propia y libre voluntad cuando no están satisfechas sus pasiones.

«Se ha aumentado el número de los criminales al paso que disminuye el fervor carlista; sus victorias han sido figuradas en los teatros del engaño. Los decantados caudillos, no han hecho otra cosa en general que enriquecerse... Los hechos brillantes que se han recomendado al rey para la pretendida recompensa, han sido imaginarios ó abultados con la *pluma de oro del soborno*; la mayor parte de los triunfos han sido el incendio, los asesinatos y el pillaje; sus violencias y rapiñas llegan á mí en queja á cada momento del día, sin que pueda reprimirlas.»

Y vaya la última pincelada:

En la *Memoria* que más tarde presentó Urbiztondo á D. Carlos sobre su mando en Cataluña, hay estos párrafos:

«El fraude, monopolio y agiotaje se miran del mismo modo que si fuesen especulaciones de admitido y lícito comercio; los recaudadores ó comisionados labran sus fortunas sobre las ruinas de los pueblos; la justicia y ayuntamientos defienden sus bienes de los ataques de la contribución, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. No hay una idea de desorden tan escandaloso; en el mes de Julio último se han extraviado 48.000 raciones de víveres y más de dos millones de reales, y en ese mes no han podido comer 6.000 hombres ni ser asistidos con un tercio de paga.»

«...Del principado de Cataluña salieron de sus casas hombres rústicos y miserables, de opinión desconocida y de moralidad muy dudosa, los cuales, reunidos en partidas, dieron principio á una clase de guerra irregular y tumultuaria, que por donde marchaba iba dejando los vestigios todos de la desolación y del espanto, viendo los pacíficos habitantes una cuadrilla de agresores sedientos principalmente de dinero, que disponían de sus vidas y haciendas con el puñal del foragido.»

Jamás se formuló juicio más tremendo sobre un partido, ni en España ni en parte alguna. ¡Si casi púldesen los horribles tormentos de la Inquisición al compararlos con los actos crueles é infames de los carlistas!

¿Y un partido que es todo lo que en esa feroz citilinaría se dice, osa presentarse como salvador de España? ¿Y pone el grito en el cielo cuando la *Semana Trágica* de Barcelona y cuanto los sucesos de Cullera? ¿Hipócritas y malvados!

Pero hago mal en indignarme con esa gentuza, que no puede conducirse de otro

modo que lo hace, porque, según dice un historiador imparcial, «el carlismo surte sus filas con desertores, prófugos, y criminales: el perdido, el desesperado, el perseguido por la justicia, el que desea satisfacer una venganza, todos estos son los que corren á engrosar las columnas que llevan la desolación y el estrago por donde pasan.

Por algo lanzó una frase el Conde de España, que, por ser suya, da perfecta idea de lo mucho que se robaba en el campo carlista.

Dirigiéndose á los soldados del cabecilla Llarx de Copons, les dijo:

«*Vosotros servís á Carlos V., y no á Carlos con los cinco dedos.*»

Y á raíz de pronunciar esta frase sangrienta fusiló á muchos oficiales y soldados, autores de robos y violaciones. En los asesinatos, llevaba él la exclusiva donde quiera que estaba.

Voy á terminar la enumeración de las inmundidades del carlismo, no porque me falte materia para llenar tres tomos, sino por no cansar á mis lectores con la repetición de hechos iguales. No sin antes decirles:

Después de leer lo anterior, creo que ninguno caerá en la tentación de hojear siquiera historias de bandidos para buscar emociones fuertes, pues los bandidos resultan ángeles, arcángeles y querubines comparados con los carlistas.

Y después de consignar todo esto, puede la chusma carlista albergada en las redacciones de periódicos asquerosos, continuar embaucando á sus lectores con la especiosa de que calumnio á la santa agrupación católica al hacer patentes los crímenes del carlismo. Aparte de no importarme maldita la cosa, antes bien agrandándome mucho, sus aullidos furiosos me incitan á seguir volcando sobre esa *partida* (no partido), todas las infamias que encuentre escritas, no para avergonzar y confundir á sus adeptos, por ser esto imposible, sino para ver si consigo levantar el espíritu liberal á fin de que se apresete á aplastar á los carlistas y á cuantos con ellos simpaticen ó les ayuden en el momento mismo que traten de reanudar sus fusilables hazañas.

## INSTANTANEA

### ENTRE LOS TRAPOS

La pobre mujer suplicó, lloró, arrodillóse al usurero: todo fué inútil.

Aquella misma tarde tendría que pagarle. De lo contrario, presentaría contra ella una denuncia de falsedad.

Había suscrito (firmado) aquel pagaré con fecha que desmentía la del sello oficial. Es cierto que él la había ordenado que escribiera tal fecha, pero lo negaría ante el tribunal.

La infeliz comprendió que aquel hombre no se conmoviera. Sin embargo, quiso intentar una vez más.

—¿Y mis hijos?—interrogó suplicante.

—Que se mueran—contestó friamente el denunciador.

Y salió.

Pero volvió enseguida. Su perro se había quedado dentro de la oscura vivienda.

Buscóle y le encontró.

El perro había recorrido todo el tugurio y tropezado en un rincón con un montón de trapos, en que se debatía una criatura.

El niño tenía frío; estaba aterido y sin fuerzas, y el animal le lamía la cara.

ANTONIO ZOZAYA

## Hechos, no palabras

El Sr. Canalejas se empeña en que antaño la forma de Gobierno les era indiferente á los socialistas revolucionarios españoles, y casi generaliza la afirmación á sus correligionarios de otros países.

El Sr. Canalejas se equivoca, y cuando dice ó escribe que «necesitaria muchas columnas del *Diario Universal* para reproducir afirmaciones de los socialistas sustentando la indiferencia de las formas de Gobierno», sostiene algo que le sería total y absolutamente imposible probar.

Ni el Sr. Canalejas ni nadie puede reproducir una sola afirmación autorizada de socialistas que demuestre la verdad de esta indiferencia, y no puede reproducirla porque no la hay. Y si no, con verlo basta, que, como él escribió en su libro de relativa nombradía, *facta non sunt verba*.

Hechos, si y no palabras: y ahí van hechos. En 1848 recién nacido el socialismo moderno con el *Manifiesto comunista*, Marx, Engels y Liebknecht en Alemania pelean hasta con las armas en la mano, no por un gobierno constitucional, sino por la República; y la Federación comunista de que eran cerebro Marx, y Engels, alienta y estipula como puede la fugaz república romana.

Pasan años, y en 1870 internacionales de París contribuyen á la restauración de la tercer república en Francia.

Pasan más años, y la Internacional encuentra que es un progreso la proclamación de la república en España, aunque no considere que ello implique la emancipación del proletariado.

Pasan aún más años, y los socialistas portugueses, lejos de ser un obstáculo para la instauración de la república en su país, auxilian á ella, contienen huelgas, procuran no suscitar desórdenes, y son quizá demasiado «buenos chicos».

No hubo en Europa—que recordemos—más movimientos positivamente republicanos; pues ni en uno los socialistas se mostraron indiferentes, puesto que hasta el *carlismo* inglés del gran O'Connell tuvo sus simpatías y su apoyo.

En Francia, Sr. Canalejas—y esto son hechos y no palabras—cuando Boulan-



ger amenaza la república, los socialistas son los más encarnizados enemigos del *bravo general*, y un socialista derrota su candidatura en París. Y cuando la república pelagra por el asunto Dreyfus, los socialistas entran en el bloque, y socialistas y aun anarquistas rechazan las agresiones personales de los *camelots du roi* contra el presidente de la república.

En Bélgica, los socialistas y nadie más que los socialistas son los enemigos enconados de Leopoldo, al que ponen en solfa, en cuya faz gritan en plena estación de Midi, cuando se expulsa á Blasco Ibañez, *vive la république!*

En Italia, los socialistas no se contentan con una áspera é irreductible oposición parlamentaria cual no la concierne país alguno, sino que bajo el gobierno del odioso, del abominable Crispi alzan barricadas en las calles y levantan partidas en los montes por la república. Y conste bien que si se dice ó se insinúa que los socialistas italianos y los belgas variaron, diremos: Primero, que sólo en la apariencia, en la acometividad; y segundo, que Alberto de Bélgica no es el abominable Leopoldo, ni Víctor Manuel III es el odioso Humberto.

¿Que en Europa hay otras naciones donde los socialistas tienen fuerza y arraigo? Verdad; pero nosotros podríamos aducir opiniones favorables á la república de hombres significadísimos y autorizados de Inglaterra, Austria, Serbia, Holanda, Hungría, Bulgaria, Rusia, Polonia, Noruega, Croacia, Suecia, Dinamarca y hasta de Luxemburgo; y el señor Canalejas—que no quiere llenar muchas columnas del *Diario Universal*,—ni de Italia, ni de Bélgica, ni de los países citados en este párrafo puede aportar ni una declaración, ni una frase, ni una palabra favorable á la forma de gobierno monárquica.

El pensamiento del socialismo español del socialismo internacional todo, lo expresó Engels en estas líneas:

«Es lícito representarse que la vieja sociedad se transformará pacíficamente en otra nueva en los países donde la representación del pueblo concentra en sí todos los poderes, donde constitucionalmente puede hacerse todo lo que se quiera cuando se tiene á la mayoría del pueblo, en las repúblicas democráticas como Francia ó en las monarquías como Inglaterra donde la monarquía es impotente contra el pueblo. Mas si hay algo cierto es que nuestro partido y la clase obrera no pueden llegar al poder sino bajo la forma de la república democrática.»

Es decir, en España y en todos los países del mundo, sin excepción, los socialistas son republicanos aunque transitoriamente, y no hay posibilidad de que sean monárquicos, ni siquiera indiferentes. Y ni el Sr. Canalejas ni los mayores entendimientos del mundo juntos pueden aducir un hecho, un acuerdo, una opinión, una palabra autorizada que demuestre lo contrario. Y menos llenar columnas y columnas de un periódico!

J. J. MORATO

## EJEMPLO QUE IMITAR

Don Virgilio del Cau y D. Pedro Roura, presidente y secretario de la Junta de Concentración Republicana Democrática de Olot, me han enviado la *Hoja* suelta en que copiaron lo que dije sobre los fusilamientos perpetrados por los carlistas en aquella población el año 1873, *Hoja* de la que tuvieron que hacer otra edición para enviarla á los pueblos inmediatos, que con gran empeño se la pedían.

Tal sensación produjo el relato en Olot y toda la comarca, que me dicen esos señores:

«La *Hoja* ha hecho más efecto que ninguno de los mítins celebrados hasta la fecha.»

En lo que no han hecho bien, es en rogarme que los dispense por haber reproducido en *Hoja* el relato, pues yo soy quien debe darles las gracias por haberlo hecho. ¿Qué más quisiera, sino que en varios puntos los imitaran, y que toda la prensa, la republicana como la liberal, dedicase algún espacio á esta cuestión palpitante, quizás la de más importancia hoy para el porvenir de España?

Porque no lo hacen, y por convenir que España entera se entere de lo que es el carlismo, tenía yo pensado, cuando terminase el libro que estoy haciendo, y que en el próximo número anunciaré, publicar en *Hojitas*, al estilo de las *Piadosas*, los crímenes más atroces cometidos por las honradas masas de escapulario y trabuco, á fin de que se difundieran por todas partes y llevasen á los liberales á este convencimiento: «hay que aplastar en las poblaciones al carlismo en cuanto una partida se eche al campo.» Idea que se ha robustecido al enterarme del efecto que ha producido en Olot el relato de los fusilamientos perpetrados en el mismo Olot, lo cual prueba que son muy pocos los que saben la serie inacabable de crímenes, latrocinios é infamias de todas clases que cobija la bandera carlista; serie de infamias, latrocinios y crímenes que superan á todos los que en nombre de un partido se cometieron jamás, y serie que se proponen reanudar en cuanto se les presente ocasión oportuna.

¿Que se enteran los liberales y cbran en consecuencia? Me alegraré por España y por la Libertad. ¿Que no se enteran, ó no cbran como deben? Me quedará el consuelo de haberlo procurado; pues, como dijo no sé quién: «haz lo que debas y resulte lo que quiera».

Y dicho esto, repito las gracias á todos los buenos patriotas de Olot que han contribuido á publicar la *Hoja*.

## El "Trust" de la Trata de Blancas

Se ha firmado un convenio internacional para reprimir la Trata de Blancas. No sabemos si la idea ha sido inventada por el príncipe de Eudelburgo ó por al-

gún cardenal romano; pero seguramente en los que intervinieron en el negocio abundan los que más hijas de Eva han precipitado por la pendiente de la prostitución.

En verdad que no vemos el derecho que los Estados tengan á intervenir, y meros á reglamentar este comercio de carne humana, cuando nada hacen por evitar las causas que lo producen. Y menos vemos la moralidad y licitud de someter á las gentes de la policía y de las curias, las doncellas que tantas cosas cuentan de los inspectores, médicos y curiales.

Solamente comprendemos que este negocio haya podido cuajar en España, Bélgica, Austria, Polonia y algún otro país corroido por la peste católica, en donde esta represión es un *trust de la prostitución*, aunque en forma jesuitica.

De hecho, las víctimas de la persecución serán en estos países depositadas en conventos y refugios, en donde entrarán blancas si se quiere y saldrán virgenes sí filiticas por milagro y sin obra de varón.

Y aumentando como aumentan diariamente las fuentes de la prostitución con la dificultad y tiranía del matrimonio y con la febría á la familia, predicada por la Iglesia y apoyada por la dureza de la economía social, con esto claro está que el negocio es de perspectiva y de pingües resultados. Será una manera de adquirir esclavas de balde, que aumenten los talleres de las Trinitarias, Carmelitas, Siervas de la Inmaculada y demás industrias explotadoras de la juventud abandonada.

Teniéndolas tan á mano, podrán escoger de entre ellas las vocaciones que van escaseando y que ahora han de ir á buscar entre el desecho de mujeres, repudiadas de los hombres, que ni para eso servían. En adelante podrán surtir de las blancas y servir las á los devotos á domicilio con título de enfermeras, damas de compañía, maestras y gobernantas, industrias nuevas que na inventado el sabio clero para hacer el mal con apariencias de bien.

¿Quién será el que tomará la iniciativa para reprimir á los estadistas en la manipulación de la humanidad, en la cual con una mano crean las fuentes de las blancas y con la otra reprimen su comercio, ó mejor dicho, lo oprimen y exprimen?

¿Quién iniciará la empresa de reprimir esta otra trata de blancas llamada trata de monjas y de frailes, que arrastra á la juventud á la prostitución contraria, de una austeridad hipócrita y más pernicioso para el individuo y para la sociedad que la prostitución del libertinaje?

Para esta prostitución los Estados negros guardan los mayores respetos y privilegios; para la otra la represión, que servirá para ir aumentando el negocio de la prostitución monacal y para acrecer las fuentes de la otra prostitución, producto principalmente de las costumbres clericales y de las leyes reaccionarias, ó sea de la Iglesia, cuyos cardenales están ro-



deados de *ángelos*, y del Estado cuyos príncipes se rodean de queridas.

¡Feliz pueblo, el que es zarandeado por tales gobernantes y legisladores!

¡Desdichados padres los que procrean hijos en tales países, en donde la tiranía les roba los medios para mantenerlos y les fuerza á venderlos, y la ley prohíbe el comercio para adjudicar la propiedad de los hijos á los *empleados y políticos* que no supieron respetar los padres!...

¿Quién serán los del Comité de este negocio?

EL MOTIN propone que se nombre presidente al príncipe de Eudelburgo, y vocales por España al P. Busquets, de Reus, á mosén Prisco, de Huesca; al cura de San Vicente, de Sevilla; al P. Menni, y un par de jesuitas cualesquiera.

Si son preteridos nuestros candidatos, no serán por esto mejores los que se nombren.

## Los obispos romanos

Todos los obispos españoles han enviado sus mensajes al gobierno, protestando contra el proyecto de Ley de Asociaciones.

EL MOTIN suma la suya á las protestas de estos reverendos, rollizos y bien cebados personajes, y se presenta del brazo con ellos ante el gobierno nacional.

Alguna vez EL MOTIN y los Boletines Eclesiásticos habían de estar de acuerdo.

Y al vernos unidos á Nos EL MOTIN con Vos los Boletines, el gobierno no titubeará en retirar para siempre ese proyecto mamarracho, que viene á legitimar todos los frailes, ahora bastardos, ante el derecho nacional.

Si, D. Pepe; vengan frailes y más frailes.

A ellos todo honor, toda gloria, todo provecho, todo privilegio, toda excelstitud, todo agasajo...

Y al obrero y al padre de familia, leña, estacazo, impuesto, mordaza, grillos y leña... mucha leña.

Nos ha parecido de mil amores la supresión de la inmunidad parlamentaria. Esto va bien. La prensa ha de ser patrimonio de la monarquía, instrumento de difamación oficial en manos de los gobiernos; pasquín donde escarnecer al pueblo... ¡Si señor! El que quiera inmunidad legal que se haga monárquico, y el monárquico que quiera verse libre de tributo, de fuero, de quintas, de la sujeción á la autoridad... hágase fraile, ó sea *vasallo del Papa*, ante quien nuestros príncipes se hincan de hinojos.

¡Abajo la Ley de Asociaciones! Los frailes carecen de ley. No tienen más rey que Dios, que vive allá en lo alto de los cielos, ni más Roque que el Diablo, que vive en el Averno, y á quienes los frailes hacen subir ó bajar á la tierra para hacernos el coco.

¿Ley para los frailes? ¿Para qué, si no habrá jueces que se la apliquen, ni ministros que encausen á los jueces, ni ver-

dugos que ahorquen á los ministros? Contra toda ley se ha llenado España de frailes. De la nueva tomarán lo que les parezca para reventarnos á los demás, sin que haya quien los reviente á ellos.

Estamos de acuerdo con los obispos. Lo que en España hace falta son frailes.

¡Frailes, frailes y más frailes!

¡Jesuitas y más jesuitas!

Dárselo todo sin reserva ni condición.

Cumplamos lo prometido al *Sagrado Corazón de Jesús*, diciendo á lo alto:

«Señor: tú eres la única herencia del pueblo español; todo lo demás se lo ha birlado Roma con sus agentes monárquicos, liberales y conservadores.»

«Gracias, Señor. Hemos buscado tu justicia y ellos se llevaron justicia y añañidura.»

## Suscripción “Sánchez-Pérez”

Procedente de Buenos Aires:

Román Arrarás, 5 pesetas.—Emeterio Otermin, 1.—Ángel Otermin, 1.—Agapito Moreno, 1.—Emilio Anunzgui, 1.—Pedro García, 0'50.—Lucio Goñi, 5.—Marceliano Redux, 0'50.—Rafael Hijano, 1.—Pedro Ramírez, 1.—Luis Muñoz, 1.—José Hijano, 1.—José A. Casabella, 1.—Atanasio Saenz, 5.—Antonio Anorpa, 2.—Abelardo Anorpa, 1.—Avelino Anaya, 1.—Pedro Moral, 2.—José Gallego, 1.—Antonio Domínguez, 1.—Gregorio Gorreochandia, 1.—Damián Urganiz (hijo), 0'50.—A. Alvarez (Argentino), 1.—C. García, 0'50.—Justo Elvira, 0'40.

Total de pesos 36'40, que reducidos á moneda española son, pesetas 84'40, que unidas á las 24 de la suma anterior y una de Tomás Carmona (Montellano), resultan 109'40.

## Dos cartas oportunas

La Historia. caro lector, encierra dentro de sí cosas y sucesos que tienen el don de una actualidad permanente. Brillan y se agitan en un período determinado y se ocultan, pero no desaparecen. Con el transcurso del tiempo, en otras épocas y con otros hombres, tornan otra vez á la circulación y á la vida con un perfume de frescura y lozanía tal, que nadie diría que sobre ellas pasó la planta y el polvo de varios siglos.

Todo cuanto se escribió hace muchos años sobre los horrores de la Inquisición, la corrupción monástica y los atropechos del carlismo vuelve á ser hoy, en el siglo XX, de oportunísima y palpitante actualidad. Los que quemaron los conventos y expulsaron á los frailes, se quedarían hoy atónitos si levantara la cabeza y vieran centuplicadas aquellas mansiones que ellos destruyeron con tanto entusiasmo; el Santo Oficio vuelve á erguirse orgulloso, aunque haya meta-

morfoseado algo sus procedimientos; la guerra civil vuelve á lanzar sus amenazas, y los buenos jesuitas á quienes Carlos III prohibió en absoluto el que volvieran jamás á su reino, ni como particulares, ni formando comunidad, escupen altivos por el colmillo, llevan á los tribunales á sus detractores, y no teniendo personalidad jurídica en España, se proclaman y son los verdaderos amos de España.

El *pasado* vuelve con todos sus horrores, y como los abusos son los mismos, se impone el exhumar las mismas represalias, aunque sólo sea para vergüenza y confusión de aquellos que, pletóricos de liberalismo y democracia, no se atreven á realizar en 1912 lo que el absolutismo clerical de 1624 acometía con bríos envidiables.

Los jesuitas de Lovaina querían enseñar en aquella ciudad Artes y Teología, y Felipe IV, rey de España, escribió á la infanta Isabel, gobernadora de los Países Bajos, la siguiente carta:

«Mi buena tía y señora: Mr. Cornelio Jansenio, doctor en santa Teología y profesor de la Universidad de Lovaina, enviado por ésta á mi corte, me ha expuesto que los religiosos de la Compañía de Jesús, pretenden enseñar públicamente Artes y Filosofía á los seglares en su casa, y que sus lecciones sirvan de curso á sus discípulos para con ellas ser promovidos al grado, lo cual causaría la ruina de la Universidad, por diversas razones que él alega y que sería muy prolijo enumerar. Y que hace cuatro ó cinco años los citados religiosos han puesto mucho empeño en enseñar públicamente la santa Teología, pero habiendo oído V. A. y el difunto mi buen tío el archiduque Alberto, las razones alegadas por la Universidad, no les acordaron lo que pedían, y me ruegan me sea grato ordenar que los dichos religiosos no sean oídos en su pretensión y que desistan de ella, como sucedió hace diecinueve años: atendido todo esto he decidido favorecer á la dicha Universidad, y rogar á V. A. como lo hago, de hacerlo también, y no permitir que los dichos religiosos de la Compañía de Jesús abran escuelas públicas en Lovaina, ni de Artes ni de Teología en su casa, ni que se introduzca novedad alguna en este particular sin orden expresa mía, dada por mi propia persona, después de haber sido informado del derecho de una y otra parte, lo que ruego intensamente á V. A. de ordenar que así se haga, pues tal es mi voluntad. Yo el rey. Madrid 3 de Octubre de 1624.»

La Universidad de Salamanca dirigió el 6 de Marzo de 1627 la siguiente carta á todas las Universidades de España, rogándoles se unieran todas para desbaratar las intrigas que contra ellas fraguaban los jesuitas de Madrid.

Dice: «Llegó á esta Universidad de la de Lovaina el Dr. Cornelio Jansenio, catedrático en ella, con bastantes poderes, y cartas de creencia, el cual, pidiendo ayuda, hizo relación en este claustro de



los grandes y prolijos pleitos que han unido y tienen con los Padres de la Compañía de Jesús, sobre que pretenden enseñar en sus casas á puerta abierta, y que en ellas ganen cursos los estudiantes, y se gradúen. Vimos las bulas que tienen ganadas para esto: de Pío V y Gregorio XIII y testimonios auténticos de que en algunas universidades ya dan grados, y otros papeles con que en este punto nos enteramos bastante, y considerando todo con la atención y madurez que el caso pide, se resolvió esta Universidad á dar cuenta á todas las Universidades de España, y así se la da á V. S. para que viendo el daño que nos amenaza á los Padres, nos juntemos como contra enemigo común y cuchillo general de las Universidades todas, para suplicar á Su Santidad, despachando persona, si fuera menester, que tenga por bien de revocar estas bulas; y á S. M. y Consejo que las impida por los grandes inconvenientes que tiene... El peligro es notorio, y con los Estudios generales que pretenden fundar en Madrid, no es inminente, sino presente. El daño de la crianza de la juventud, haciendo fe á su doctrina, por la mayor parte contraria á la del Dr. Angélico, y en la moral de ordinario relajada y licenciosa, es más experimentado de lo que convenia. El despueblo de las Universidades si consiguen sus intentos estos padres, le podremos señalar con el dedo... Suplica esta Universidad á V. Señoría se sirva enviar sus poderes, cuales para este caso se requieren, con cláusula de sustituir, que saliendo á este negocio con la voz de V. S. y demás Universidades, nos prometemos tan victorioso suceso, cual le pide la justicia de la causa. Nuestro Señor guarde á V. S. largos años como deseamos. De este claustro de Salamanca, 6 de Marzo de 1627. Don Francisco de Rojas, Fray Basilio Ponce de León, 3. Juan de Sainz Yago. Por acuerdo de la Universidad de Salamanca. Antonio Rilano de Medrano.»

Y leida que fué la referida carta en claustro pleno de la Universidad de Sevilla. fueron votando, y de común acuerdo salió por todos votado y acordado se diesen los poderes á dicha Universidad de Salamanca, como en su carta lo pide. Concuera con su copia, que para efecto de sacar ésta, ante mí el infraescrito notario exhibió, y volvió á llevar en su poder D. Cristóbal de Campos, vecino de esta ciudad, á quien doy fe conozco, cuyo recibí firma, y entregué en Sevilla en 21 de Enero de 1764. D. Cristóbal de Campos (firma), D. Juan Antonio de Cisneros, notorio apostólico (firma).»

Como se ve, ni Felipe IV ni las Universidades flamencas ni españolas querían á los jesuitas por maestros de la juventud, y en cambio ahora tienen acaparados todos los alumnos de España.

FRAY GERUNDIO

## A los niños pobres

Los derechos del niño han sido proclamados en el primer Congreso español de higiene escolar.

Tienen derecho: á la luz del sol, al aire abundante, al agua y á la limpieza, al sustento, al ejercicio corporal, á la alegría, al amor y á la verdad.

Ya lo sabéis, niños infortunados, que por carecer de albergue donde cobijaros vivís en el arroyo, faltos de vestido, de pan y de cariño, ya que ni siquiera conocisteis á vuestros padres; pequeños mártires de una sociedad corrompida, desde hoy en adelante tenéis derecho á que el sol con sus purificadores rayos ore vuestros cuerpos, y el aire penetre en vuestros pulmones; es decir, tenéis derecho al albergue, á la alimentación, al vestido, á la higiene, á la instrucción y al amor, pero con la particularidad de que si, acosados por el hambre os apoderáis de un pan para alimentaros ó un pedazo de tela para cubrir vuestras carnes, entonces esos sesudos señores que teóricamente reconocieron vuestros derechos, os tratarán de ineducados, de pillos y de otros epítetos que la hipocresía imperante aplica á los que nada tienen, y azuzarán á la policía para que os prenda, como la cosa más natural del mundo.

Hay otra clase de niños que, menos desgraciados que vosotros porque siquiera conocen el cariño de sus padres, se encuentran en el mismo caso, en iguales condiciones que las que vosotros contra el derecho natural soportáis: los hijos de los trabajadores que, por carecer sus padres de ocupación donde ganarse la vida, ó porque el salario sea insuficiente para alimentar á la familia se encuentran privados igualmente de todos aquellos medios que para vivir necesitan.

Para estos niños rezan también estos derechos, que por sport nuestros sesudos pedagogos-humanistas han reconocido, pero con la particularidad también, de que cuando sus padres, dándose cuenta de que tienen sus hijos derecho á la vida, reclamen aumento de salario ó cojan algo con que mitigar el hambre de sus pequeños, esos mismos señores, en nombre del orden y de la legalidad establecida, los tratarán de exigentes y perturbadores en el primer caso, y de ladrones en el otro.

¿No os parece, niños, que todo esto es una logomaquia, y que la civilización que tal confusión moral produce, que tales engaños crea, forzosamente debe desaparecer?

Estoy contemplando vuestros rostros demacrados por carencia de una alimentación que para su natural desarrollo vuestro organismo necesita; os veo afligidos y atormentados por los deseos de poseer un juguete ó un trajeito, como el que visteis al niño de la casa de enfrente, que sus padres, ricos, le pudieron comprar, mientras que los vuestros, fatigados continuamente con un trabajo abrumador, ninguna de estas cosas que

tanta alegría os produce, os pudieron proporcionar por faltarle los medios para ello.

Para vosotros ¡oh niños pobres!, no se han tejido las telas, ni amasado el pan, ni hecho esos juguetes que constituyen el encanto y la alegría de vuestra curiosidad infantil... os lo prohíben leyes establecidas, instituciones creadas que sancionadas por los siglos de esclavitud y de infamia se oponen á ello; instituciones y leyes que los mismos señores que en un momento proclamaron vuestros derechos para demostrar que caminan con las corrientes del siglo, reverencian y veneran como cosas sagradas é inmutables.

JUAN CORDERO

Jerez de la Frontera.

## Hojitas católicas

Copio de una de las infinitas que corren por esos mundos de Dios:

«Antonio Dante, de Oviedo, se marchó á la América del Sur. Su mujer le había escrito varias cartas sin recibir contestación alguna. Bajo esta triste impresión, llena de confianza en San Antonio, fué á la iglesia donde se venera este Santo Taumaturgo y puso en sus manos una nueva carta dirigida á su marido, y dijo:

«Santo mío, haced, os lo suplico, que esta carta le llegue, y que tenga la dicha de recibir pronto su contestación.»

Al día siguiente vuelve á dirigir al Santo la misma súplica, y sorprendida observa que tiene en la mano una carta diferente de la suya; la toma, la abre y lee con asombro lo que sigue:

«Mi querida esposa: Tiempo há estaba en Lima sin saber de ti noticias, cuando un P. Franciscano me ha traído tu carta y con ella la tranquilidad y alegría. Te contesto por el mismo P. Religioso y por él os envío 300 pesos hasta mi llegada, que espero sea pronto. Encomiéndame á mi Santo Patrón.—Tu esposo. Antonio.»

La carta, cuyo es este extracto, se conserva en Oviedo.»

¡Oh vosotras las esposas que tengáis á vuestra parte contraria en América, y le escribáis y no os conteste!

Acercaos, como esa de Oviedo, á San Antonio, y obtendréis á renglón seguido la respuesta, si le hacéis la petición con fe. Y respuesta con valores, lo que os alegrará doblemente.

Lo que no se explica en ese relato, es si el marido, que sabía el paradero de su mujer, le escribía también y las cartas no llegaban á su destino; pero, en fin, este es un detalle insignificante que en nada desvirtúa el prodigio.

Una advertencia he de hacer á las señoras que usen esa estateta: que procuren no se entere el Gobierno; podría darle por poner alguna traba al envío de la correspondencia en esa forma, temeroso de que disminuyese la renta de Correos, y proceder contra las que la utilizasen.

Nunca está demás precaverse contra las intrusiones y demasías del fisco.



# EL MOTIN



1894.—Zumalacarrégui apaleando en Villafranca á las mujeres que bajaban del fuerte, algunas de las cuales mandó emplumar luego



# El alma del cabecilla

Don Pedro Grau

Por ogro ó brujo debían tenerle las mujeres de la tierra. Allí estaba, en las estribaciones de los Pirineos, en la casa-Cabanas de Olost, medio palacio, medio castillo, morada de unos fuertes propietarios emparentados con la mayor y más rica parte de los *payeses* de la tierra. La finca tiene muchos kilómetros cuadrados, sembrada de casas de colonos que viven allí aislados del humano comercio, entre montes y riscos, pinares y rebaños. Las poblaciones que la rodean son Olost, Prats de Llusanés y Torre de Oristá, en primera línea; y más allá Alpens, Puigcerdá, Berga y Vich, lo cual quiere decir que estamos en uno de los centros de operaciones del carlismo, donde no hay un palmo de terreno que no haya recibido un cadáver, ni risco donde no se haya librado una acción.

Conoci á Pedro Grau teniendo él setenta y tantos años y yo dieciseis. Pasamos bajo el mismo tejado tres temporadas de vacaciones, él en calidad de *tío* de los dueños, yo en calidad de *ayo* de los hijos de éstos, debiendo decir de paso que hacía un ayo de lo más perverso imaginable, probando experimentalmente que una cosa es saber y otra el saber enseñar. Así es que más tiempo que con los hijos de Cabanas, pasaba, y con más gusto, con aquel ogro ó brujo llamado Pedro Grau, cuya vida y portentos llenarían una historia, siendo difícil de elegir los hechos para un boceto sencillito de los que han de formar esta galería.

Los que no hayais conocido al misántropo, venid aca y lo hallaréis. Tiene su cámara en el piso alto, en lo último de una galería de cuatro arcos, tejidos todos de una red de jaulas de canarios de no recuerdo cuantos centenares, y algunas parejas de mirlos. Esta parte de la casa está cerrada herméticamente á todo el mundo. Por excepción única fui admitido allí, quizás para ser iniciado en los grandes misterios de la orden de los cabecillas.

El piso estaba forrado de la cáscara del panizo y del excremento de los pájaros, en un grueso que no puede calcularse.

Desde que tomó posesión del departamento D. Pedro, no ha penetrado allí la escoba, y van ya corridos largamente diez años.

De allí sale á las once de la mañana para ir á dar de comer á los perros; baja las escaleras sin decir palabra. A la comida sientase en el último lugar de la mesa, oyendo, viendo y callando. De allí pasa al hogar para tostar y picar las hojas de tabaco, que él mismo se cultiva en

un rincón de la huerta. Cargada eta-placa, coge una botella de vino y sube, beodo ya, á su covacha: á las tres de la tarde, cuando más tra-nocha.

Va á misa los días festivos, no al pueblo más próximo y á la parroquia Olost, sino al más solitario y de más hosco camino. Va y viene sin decir una palabra. Ni saluda á nadie ni responde al saludo de nadie.

Todo lo llevarían en bien las dueñas de la casa, sobrinas suyas, salvo otro defecto que se les hace insoportable. Creen que es sucio. Esta creencia la fundan en que hace diez años que lleva los mismos pantalones, la misma chaqueta, la misma *barretina* y la misma camisa. Es verdad que tampoco se ha lavado el cuerpo, ni la cara, ni las manos, ni se cortó el cabello ni la barba.

Mil batallas riñeron sin recabar la menor concesión en este punto.

Don Pedro Grau, además de la misantropía y de la embriaguez, había sacado de las cuatro guerras que tenía hechas, otras varias fobias juntas con la del agua y de la escoba. La fobia á los médicos.

¡Jamás le había tomado el pulso un médico! (Y había sido herido muchas veces). Las curas se las hacía él mismo ó su asistente; se restañaba las heridas con un puñado de tierra; las envolvía en una venda, y... ahí se acabó la operación.

Pues él, que en las guerras había rechazado al médico, retirado ya á su casa, á la de sus padres, á la casa *Grau*, de allá, del seno del Montseny, entre Tardell y Tona y cerca de *Collformich*, donde se verificó una de las catástrofes de la última guerra civil (de allá era D. Pedro y allí se retiró al terminar la guerra), y allí un día se puso enfermo, y el *Hercu*, su sobrino, y también amigo mío, no quería que el bravo tío muriese como un perro, y mandó llamar al médico.

Entendiólo el doliente, y ante tamaña amenaza, con la carabina, arma del cabecilla, y la bota llena de vino, arma del borracho, y sin saco ni alforja, tomó el camino hacia Cabanas, donde tenía casada una sobrina con el dueño; atravesó Collsuspina y abandonó para siempre y con horror la casa que le vio nacer.

Llegó á Cabanas con la carabina cargada y descargada la bota.

Y en Cabanas le cedieron aquel hospedaje, y tomó posesión de su alojamiento con esta solemne fórmula:

—Dos cañones tiene esta escopeta siempre cargados. Un tiro para el médico, y otro para el que lo acompañe.

La vida militar de este personaje está llena de anécdotas geniales. Quizas viviese en sus adentros el espíritu del Genio verdadero. Su misantropía tenía algo de profundo desprecio á la Humanidad que le rodeaba. No era iletrado, sino muy leído. Y aun muy teólogo y muy filósofo.

fo. Había leído mucho y había pensado más, y había visto y oído y hecho y dicho y callado cosas muy singulares que quedarán inéditas.

Y para que todas ellas no se pierdan, he aquí algunas que oí de sus propios labios.

En la guerra de Africa tocóle un puesto de jefe en el batallón disciplinario ganado con sus antiguos servicios de cabecilla y con no sé qué *beca* alcanzada por justicia en el presidio.

Allí había adquirido el hábito de la embriaguez.

Comandando sus fuerzas, cierto día, después de una victoria, habían sido llevados al campamento los prisioneros, hombres y mujeres, niños y viejos.

Don Pedro Grau tuvo una idea artística. No supo resistir el placer del espectáculo. Mandoles cortar las orejas y les soltó. Y al explicarme el hecho con pelos y señales, paladeaba todavía los gestos de los infelices desorejados corriendo á sus hogares...

En la guerra carlista última era comandante, creo que de Savalls. Borracho siempre, raras veces le confiaban las fuerzas; reservábanlo para usos excusados y para trances comprometidos.

En Manlleu, al firmar los recibos de la contribución carlista, puso de firma un borrón. El a'calde leyó... y le dijo:

—Aquí no se lee *Pedro Grau*.

—Si no lo dice, quiere decirlo—respondió el jefe-recaudador.

Esta frase se ha hecho proverbial en el país para las malas letras.

Paréceme recordar que ocurrió en Puigcerdá, que un día al anochecer, fueron sorprendidos por las tropas de Cabrinety los carlistas, que tocaron llamada á la carrera, y tomaron la huida. En el caso fué utilizado D. Pedro Grau con unos cuantos soldados para formar la retaguardia. Salidos del pueblo y llegados á un puente, Grau despidió sus soldados y él se quedó.

Recuerdo dos detalles: estaba el suelo nevado y alumbraba la luna el paisaje.

Vino la vanguardia enemiga y allá cogieron al comandante.

El jefe (Cabrinety ó el que fuese) le conocía ya por sus hazañas: le retuvo prisionero con todos los honores de su grado.

Pero no pudo evitar que una mujer de Puigcerdá, esposa de un voluntario que andaba por Figueras, fuese á decirle cuatro insolencias. Grau se calló: tomó nota del marido; al poco tiempo hubo canje de prisioneros; él regresó á las filas y todo su anhelo fué llegar á Figueras. Así lo deparó la suerte.

Y entraron en Figueras los carlistas, y Pedro Grau pudo haber al marido, registrado en sus notas. De un tajazo del sable le cercenó la cabeza: metiéndola en sus



altorjas y tomó el camino de Puigcerdá, buscó la casa del voluntario y llamó á la esposa:

—Ahí tienes la respuesta á tus insultos—dijola echándole la cabeza de su marido.

...¿Para qué más de este caudillo cristiano?

Una palabra más y basta.

Este campeón de Cristo... ¿no creía en Dios.

Era un perfecto ateo.

Y además muy temible.

Sus sobrinas, creyentes á cual más, no recabaron de él que confesara. Iba á mi-  
sa porque sí y gracias.

Las señoras de la casa no dejaban de pedir á Dios su conversión. Sobre todo Carmen, la hija mayor, que luego cayó en la diabólica tentación de meterse monja.

No dando resultado los santos del cielo, buscaron los apóstoles de la tierra. Llamaron á dos jesuitas de los que por allá tenían fama de grandes sabios.

Fueron... y salieron...

—Me parece que yo les convencí á ellos—me decía el brujo, que manejaba tan bien el silogismo como el sable...

¿Escéptico, borracho y soldado pontificio?...

¡Claro... claro!... Eso fueron Simón de Montfort, César Borja y Julio II: soldados de Cristo para asesinar herejes y para ciscarse ellos en Dios y en su Madre...

Fenómenos del alma de cabecilla...

El sobrino dueño de la casa, Pablo Cabanas, que antiguamente había sido carlista, después que albergó en su familia á tal huésped, había dejado de serlo.

Y el tío, y yo, y los que éramos carlistas todavía, le preguntábamos:

—¿Por qué dejó usted de ser carlista?...

Y él callaba cuerdamente.

¿Cuándo erigirán los carlistas una estatua á este prócer? La merece: no todos tuvieron el talento y el cinismo de don Pedro. El crucifijo, la espada y la bota serían símbolos concordados.

S. PEY ORDEIX

## LA DEFENSA SOCIAL

Cuando dos animales se ponen frente á frente, la lucha se verifica en las posibles condiciones de igualdad. Triunfa el más fuerte ó triunfa el más astuto; en definitiva, el más fuerte. Triunfa el que dispone de mejores garras, de uñas más duras y mejor tajadas, de más resistentes mandíbulas, de dientes y colmillos más afilados. O triunfa el más ágil, el que más corre, el que mejor salta. En definitiva triunfa siempre el más fuerte. La vida impone á la muerte su ley. La fuer-

za es la gran ley moral de la Naturaleza.

Cuando dos hombres se ponen frente á frente, lo general es que la lucha se verifique en las condiciones más desiguales. Los hombres acumulan medios de defensa y de ataque por la herencia no fisiológica. Los hombres disponen de un arma que los animales no conocen: el privilegio. Los más fuertes puños se estrellan ante el Código civil. Parapetados tras los fusiles y cañones de la fuerza pública, que el privilegio pone en sus manos, los cretinos del capitalismo resultan invencibles. La degeneración y el parasitismo—ó lo que es igual, la muerte—imponen su ley á la vida. El progreso humano tiene que hacer esfuerzos inauditos para contrarrestar los efectos de la selección regresiva y atávica.

Nietzsch proclama la moral de la fuerza, la ley del más fuerte. Pero el fuerte de que Nietzsh habla es el fuerte de cuerpo y de espíritu, firme en su conciencia sana como en una roca, dueño y señor de su voluntad libre, que es el título de su soberanía. No es una sombra de poder, un mero prestigio, resto de grandezas pasadas; es una potencia efectiva y actual. No es la fuerza de los pergaminos, de las condecoraciones; es la fuerza avasalladora de la personalidad. No es el favorecido, es el conquistador de la fortuna. No es el heredero, es el creador, «el noble creador de valores». Es el mocetón de Boston de que habla Emerson. Es la energía triunfante, la salud, la vida imponiendo á la muerte su ley...

Degeneran los organismos, degeneran las clases, degeneran las aristocracias y las dinastías. El privilegio lleva consigo una fuerza destructora: el parasitismo. Del agotado tronco aristocrático nacen las miserables ramas heteróclitas. Los nietos de aquellos grandes capitanes, de aquellos audaces conquistadores, son estos cretinos y estos imbéciles que se agitan y bullen, sacos de pus que se mueven y andan. Son los hijos materiales de los matrimonios consanguíneos dentro de la casta degenerada, los hijos espirituales del jesuitismo, aliado de la plutocracia. Ofrecen sus rostros toda la gama de lo que llaman estigmas los psicópatas. Perfumes y afeites, maneras y formas, ocultan en ellos la hediondez repugnante de la miseria fisiológica y moral. En vano pretenden remedar á sus abuelos imitando el gesto imperativo, las voces de mando. Los sometidos en otro tiempo á la fuerza, se rebelan contra su caricatura.

Entonces los débiles, los degenerados, los cretinos, reclaman la fuerza pública. Tienen la pretensión de ser el orden social. Dan á la defensa de sus privilegios el pomposo nombre de defensa social. Y el Estado de clase les ampara en su impotencia, y la fuerza del Estado, la fuer-

za de todos, tras la que ocultan su cobardía, se convierte en instrumento de su furor sanguinario.

Imaginad lo que sucedería si el Estado, imparcial, neutral, dijese: Que se defiendan ellos ó que mueran. Ese día habría dado el progreso humano un paso de gigante. Como en la Naturaleza, la fuerza sería la suprema ley moral.

ALVARO DE ALBORNOZ

## Remembranzas

Ya que hoy no pueda saborear viriles artículos contra el carlismo en los periódicos monárquicos, me consolaré reproduciendo los que publicaron antaño, cuando la palabra Libertad tenía en la práctica distinta acepción que ahora. Es achaque común á todos los viejos encontrar bien lo que en sus tiempos se hacía.

Y comenzaré con estos párrafos de un artículo que insertó *El Imparcial* en un número del mes de Mayo de 1872:

«¡Los curas! He aquí otro elemento que viene desde antiguo perturbando en Vizcaya el sosiego público. Ruda de carácter por su propia naturaleza la época feudal y rudas también y atléticas las costumbres de los vascongados en la Edad Media, no debe extrañar que el fuero de Vizcaya haya tenido necesidad de hablar en algunas de sus leyes de las mancebas de los clérigos, no dejando por cierto en esta parte muy bien parada la moralidad de éstos, ni que en otras haya de haber prohibido á los clérigos concurrir á las bacanales que sin embargo, hoy mismo acostumbra tener por cuenta del infeliz la brador en el día que éste tiene la desgracia de perder á algún miembro querido de la familia; ni en fin, tampoco que el dicho fuero haya de haber estampado, encaminadas á contener en sus justos límites la siempre absorbente jurisdicción eclesiástica, diferentes leyes de las cuales alguna, como la tercera del título 32, textualmente dice, que los jueces eclesiásticos *evitados por el obispo de Calahorra, so color que dicen que entienden sobre delitos eclesiásticos é concernientes á pecado, é por evitar de pecado á los vizcaínos, hacen muchas extorsiones y los cohechan (y lo que peor es) porque tengan mucho más aparejo para así robar y cohechar; los tales jueces tienen y hacen sus audiencias por las anteiglesias ó en lugares vermos despoblados, porque los legos que van citados no fallen ende copia de letrado, ni de abogado, ni de procurador que los defienda*...

«No es una profunda vocación hacia Dios, el apartamiento de las cosas terrenales, ni el celo por recoger almas para el cielo lo que mueve á tan gran número de jóvenes vascongados á abrazar el estado muy sacerdotal; es, sí, cierta especie de simonía poco en armonía con el espíritu de la Iglesia. Nuestros lectores no ignoran que, no ya en los tiempos medios, sí que también bastante más tarde, era la carrera ordinaria de todos los segundones de un mayoralzo conseguir una prebenda más ó menos pingüe, y que no había familia labradora ó menestral que mejorase un poco en bienes de fortuna y no preparase á alguno ó algunos de sus hijos á recibir el



orden sagrado. Pues bien, algo semejante sucede todavía con grandes proporciones en el país vasco, donde es raro el segundón de caserío ó hijo de menestral enriquecido, que no siga la carrera eclesiástica sin más objeto ni más mira que la de hallar un cómodo *modus vivendi*, y al propio tiempo crearse cierta gradación ó mayor categoría en la esfera social que le permita remontarse sobre sus iguales.....

«El obispo de Vitoria tiene á todo el clero de las provincias vascongadas amoroso y organizado á medida de su deseo y sin la independencia natu al y de carácter que las leyes de la Iglesia exigen en los curas y párrocos propios; bien es verdad que en cambio de esta subordinación omnimoda tolera en los curas toda clase de excesos, y por dar gusto á ellos y no desagradarles, difiere uno y otro día, no me niego porque á él le conviene, el siempre anhelado arreglo de parroquias.....

«Los curas de las provincias vascongadas son por punto general conspiradores, merced á la anarquía y á la indisciplina en que se les permite vivir..

...villas como Durango, que no pasando de dos mil y pico de habitantes, cuentan de cuarenta á cincuenta curas, y las más insignificantes anteiglesias tienen generalmente más de cinco curas. Toda esta muchedumbre de clérigos faltos de instrucción y nada faltos de recursos pecuniarios, amigos de toda la suma posible de placeres y comodidades, y refractarios á todo lo que sea leer, excepción hecha de algún cofrade neo de la prensa de Madrid, no se ocupa sino muy secundariamente en la predicación de la moral y de las buenas costumbres; su principal objetivo es hacer propaganda absolutista y en mantener al sencillez y crédulo aldeano en un continuo estado de fanática eferescencia contra los liberales.

Como en todas y cada una de las casas vive un cura, y no hay familia que no los cuente dentro de su seno, viene á suceder que los intereses del cura, el anhelado momento de volver á la amortización eclesiástica y la conveniencia de sostener y fomentar el espíritu supersticioso de las gentes, son los intereses, el deseo y la conveniencia de casi todas las familias de las provincias vascongadas.....

«Aquí se verá un clérigo que vive en la abundancia, y que, sin embargo, pleitea y litiga con sus feligreses por un simple celamin de naíz; allí curas que hacen la corte á más de una viuda o viuenta que, aunque muy relacionada con las principales familias liberales, tratan no obstante de catequizar para que por sí y por medio de sus colonos les sirva á sus fines particulares, é item más sea origen fecundo de funciones de Iglesia y de limosnas; más allá curas que anatematizan á sus parroquianos porque se atreven á leer un periódico no carlista ó porque no retiran á sus hijos de centros de instrucción en que, según ellos, sólo reinan la corrupción, el error y la herejía, en otra parte curas que en público y en privado anatematizan todas las ideas del siglo y que á la faz del pueblo ignorante declaran excomulgados á todos los que las siguen, y que si alguna rara vez y en virtud de mandatos del gobierno reciben alguna tibia pastoral del obispo recomendando la paz de las almas y de los cuerpos, ó no la leen durante

la misa, ó la leen tan corriendo y sin sentido, que nadie la entienda, menos aún las gentes del campo, para las que se hace al vascuence una versión mentir; curas que saben tomar por asalto un colegio electoral, cohibir á los individuos de la representación foral, y ocultar sacrilegamente las armas homicidas debajo del mismo altar mayor, y que en las sombras de la noche, sobre veloz caballo, llevan consigo á puntos muy lejanos la conspiración, el germen de la guerra, que luego se encargan de capitanejar ellos mismos.»

## No robarás

Estamos en un desierto. Una caravana transita por él. Una cuadrilla de bandidos la divisa. Ellos se dicen mutuamente: mirad; una rica caravana viene por allí. Démonos prisa para robarla y matemos á los hombres que la componen, si fuese necesario; despojémosles de sus riquezas, de sus camellos y caballos y partamos enseguida con nuestro botín.

Mas uno de los bandidos dice: ¡Oh!, eso no lo debemos hacer; no está bien; eso es robar. En vez de obrar así, lo que debemos hacer es adelantarnos y poseisionarnos de ese manantial, el único, ciertamente, que existe en este dilatado desierto y adonde forzosamente ha de ir la caravana en busca de agua.

Rodeémosle con una valla y llamémosle enseguida nuestro; cuando lleguen los caminantes no les dejemos tomar una pizca de agua hasta que nos entreguen todas las riquezas de que sean portadores.

Esto seria más gentil, más cortés y más serio; no hay duda. ¿Pero acaso dejaría por ello de ser un robo?

HENRY GEORGE

## ¿Por qué no...?

—Tiene usted razón; pero no logrará usted nada.  
(Comentario español á toda empresa.)

Decir la verdad es cosa fácil, aunque no lo parezca. Cuando esta verdad tiene caracteres ó proporciones lamentables, decirla puede ser un loable acto cívico. Lo que ya es heroicidad manifiesta y vocación de mártir es obligar á los demás á que no se detengan en la comprensión de la verdad valerosamente sustentada y admitida. Porque si os perdonan que la verdad fulgure en vuestros labios, en cambio os pedirán que no paséis de aquí. Si pasáis, os aislan; si insistís, recurren como arma al ridículo, la más villana y eficaz de las armas, porque hiere sin que la veáis en mano alguna. He ahí la razón por la que somos tantos los españoles que sabemos decirnos verdades sin pasar de ese primer esfuerzo de la voluntad. Tememos hacer el ridículo. En efecto, un español se hace cargo pronto de la situación, y se bate en retirada cuando ve en

los labios de los demás la famosa sonrisa que precede al *bule* ó la *pupa*. Semejantes en eso como en tantas otras cosas á las mujeres, tenemos al ridículo un miedo cerval. Hacer el ridículo es querer encarnar las ideas en actos, es querer obligar á aquellos para quienes predicamos á realizar la doctrina expuesta, es tener fe en lo que se habla. La gente escucha mientras el fuego de la palabra santa enrojece las mejillas; pero no quiere comprender que ese fuego quede allí perenne.

La gente no entiende cómo el corazón de un hombre puede arder constantemente en la hoguera de un deseo moral. Esa fase de la energía la más cara, la más necesaria para un pueblo que, como el nuestro, tiene por característica su indecisión, es criticada acerbamente. Tenemos la idea peregrina de que las palabras, por sí solas, han de realizarlo todo, que no es preciso ayudarlas. Nuestro pueblo espera en todo mitin ó conferencia que el orador haga milagros, y así como ideó la doctrina ó la concertó armónicamente, así la lleve á efecto por gracia y obra de su genio. El frío ó la brisa de la calle espabila las almas y las trae á la realidad y pone en sus labios palabras de desilusión y desesperanza. Oís. Eso no puede ser. Es imposible. Se estrellará. Es decir, que hablan siempre en singular, refiriéndose al orador, como si ellos que estuvieron presentes y aplaudieron á rabiar no se hubieran hecho solidarios de la obra.

Esto es muy curioso porque indico hasta qué punto ha llegado en España la individualización. Todo lo singularizamos. Puesto que el orador expuso un proyecto, que lo realice él solo y «si no, no haberse metido». Meterse, en lenguaje popular, es abordar una cuestión sin otra riqueza ó potencia que la voluntad, lo cual cae dentro de la caricatura. Podéis meter la pata hasta el corvejón ó el cuevo. Los que saben de estas *coladuras* y tienen la bonita profesión de reirlas no os dicen el recurso ni os dan idea de salvación, sencillamente se burlan y os señalan con el dedo á la chunga de los demás. Dicen: ese que veis por ahí es un pobre hombre que quiere un imposible. Y esto hace de reir tanto á las almas de Dios que se desternillan de regocijo y os enjaretan frases alusivas retándoos con insultos.

Ahora bien, si les decís que las tercianas se curan con guisado de rabo de gato y hocios de murciélago, os alzarán una estatua. Como veis, esto no es un absurdo ni un imposible. En cambio lo es cualquier obra moral ó sociológica en la que haya que poner los cinco sentidos, los cinco dedos y las cinco pesetas. Un imposible es reformar las costumbres después de que os aplaudieron al impugnarlas por groseras y malas; pero no es «un imposible» ni mucho menos el que si tenéis un hijo chato sea narigudo untándole grasa de cebolla bendita y jugo de ratón blanco.

El orador ha de hablar y luego tomar-



se la molestia de realizar él solito lo que expuso, más desvanecer los obstáculos que le opondrían los propios oyentes, bravas dificultades que consisten en daros la razón en cierta parte, quitárosla en otra y añadirlos la *chorrada* de su propio criterio, uno muy mono salido flamante en el teatro mismo. Es muy frecuente en España oír este comentario: Ya cansa.—Con lo que se quiere manifestar el enojo de las buenas almas porque un hombre insiste en su obra y la quiere llevar a su fin. Precisamente los que se *cansan* son los que nada ponen, ni aun las orejas; son los eternamente descontentos, incapaces de otra cosa que de comerciar en la plaza pública con cualquier clase de géneros, bien sea patatas, bien sea ideas. Pero son los más, son los que se agrupan en número mayor, y fatalmente hay que hacerles caso y hacerles frente. Muchas inteligencias nobilísimas se estrellan al acometer estas murallas de piedra berroqueña. Asqueados de una lucha tan desigual se resignan a perder la ilusión del triunfo y abandonan el campo a estos zamacucos de intereses unidos y mezclados. Habría que preguntarle: ¿Por qué no alcanzará el éxito quien a toda costa quiere alcanzarle? Razones no os darán, no las tienen. Tienen risas, chistes, sandeces, desgraciadamente los dardos que más se temen. Ellos lo saben bien y se adiestran en el manejo de tales flechas con las que tantos corazones han alejado del combate. Sin embargo, como el doctor Charcot en busca del Polo, hay que colocar en el cuadro de la nave un enorme y resplandeciente; «¿Por qué no?» Y ello, como una antorcha, cegará a esos pajarracos de las tinieblas y la crítica en la sombra.

EUGENIO NOEL

## Oidme, requetés

¿Qué os pasa, jóvenes ineptos, zánganos estudiantes, seres improductivos, bichos que semejáis con el calmudo andar la monotonía de vuestro espíritu, cuerpos ociosos de ocupación y de trabajo, semblantes tristes y aburridos por la falta de alegría y distracción? ¿Qué pasa en vuestro ánimo que pretendáis reunirnos todos los de idéntica ralea para mejor gozar y distraeros?

Yo no puedo dejar pasar las fanfarroñas manifestaciones que habéis hecho de un tiempo acá en vuestras reuniones y tertulias, sin antes echar a modo de responso sobre la túnebre marcha por vosotros emprendida, mi maldición y mi protesta.

A todos os conozco. Sé que lo mismo aquí que en todas partes donde osáis mover el ánimo decaído de vuestra tradición, sois los menos y los peores.

Sé que únicamente, y al debil regadío de sangre vertida por las víctimas de vuestras cobardes traiciones, ha crecido y fomentado vuestro odio, cual desmedrada planta que necesita para su vigor

agua turbia que lleve por materia todas las impurezas del terreno donde pasa.

Pero ¡ah! sabemos vuestras flaquezas, hemos adivinado vuestras necesidades, y estamos ciertos que necesitáis sangre para que las escasas fuerzas de vuestros rebaños puedan seguir adelante y no desistir de sus sanguineas ansias.

Sois malos, y como plantas dañinas necesitáis una escarda que con vosotros termine. ¿Cómo? Pues regándoos hasta ahogaros con esa sangre, que no será nuestra; sangre a la cual daremos paso por los surcos que ondulamos con las férreas pisadas de nuestros hombres, llegando al fin y venciendo todos los obstáculos y contradicciones, a vuestro campo, en el cual se forme el lodo compuesto de vuestras maldades y crímenes con el líquido que hagamos llegar y engrosar por rápidos momentos.

No pretendáis, no, requetés jaimistas, volver a reproducir vuestras escenas y vuestros crímenes por los campos de antaño. Ahora todo ha cambiado.

Aquellas tristes guaridas de carlistas infames, aquellos terrenos donde fusilaban vuestros antepasados a los hombres libres, encuéntranse ahora cruzados por inmensidad de carreteras y ferrocarriles; el Progreso los ha cambiado, dejando en ellos la huella de su paso.

Ni siquiera vayáis a los más escondidos pliegues de los montes a guarnecerlos, porque también allí encontraréis al pacífico labriego violando las duras entrañas de la tierra para depositar en ella la simiente que ha de dar premio con su producción al rudo y pesado trabajo.

Con vuestros instintos por norma, huid del mundo donde ni las bestias puedan horrorizarse de vuestro modo de obrar y proceder.

Vuestro insípido movimiento lo interpreto como el que hiciera un despreciable criminal que, execrado del mundo, muere en solitaria celda, y entre el estertor de la muerte parécete nadar en el fango amalgamado por sus pecados, moviendo sus ojos de sangre y cólera, cerrando sus traidoras manos, creyendo así estrangular en ellas al más débil de sus semejantes. Así habéis sido, sois y seréis, por más que tratéis de disfrazar vuestros sentimientos de lobo con las pieles de manso é inocente cordero.

Y, para terminar, os diré que tengo ganas de grabar con mi buril de acero un recuerdo sobre la pesada losa que tape vuestro eterno sepulcro y en el cual se lea:

«Murieron todos ya. La paz reina.»

UN MAGO

El Pueblo (Huesca).

## La planta nueva ó el faccioso

### HISTORIA NATURAL

Razón han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres; duros guerreros ha producido siempre el Norte, tiernos amadores

el Mediodía; hombres crueles, fanáticos y holgazanes el Asia; héroes la Grecia; esclavos el Africa; seres alegres é imaginativos el risueño cielo de Francia; meditabundos, aburridos el nebuloso Albión. Cada país tiene sus producciones particulares; he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y de Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da en un solo año dos ó tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y á un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar, por otra parte, esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cría sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos; que se trasplanta con facilidad, y que es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población; esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica; en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos, en los balcones, y aun sirven de dar fuerte y cabezudo en cafés y paseos; el hecho es que en todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho á la cría del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan; el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle á echar mano; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol á que se arrima; tiende los brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústale, sobre todo, las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago, pica como la cebolla y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo, ó se conocía poco, ó no se conocía por ese nombre; la verdad es que ni habla de ella Estrabón; ni Aristóteles, ni Dioscórides, ni Plinio el joven, ni ningún geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto á su figura y organización, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así como la mona es en éste el ser que más se parece al hombre, así el faccioso en aquél es la producción que más se parece á la persona; en una palabra, es al hombre y á la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy experto cualquiera lo confundiré; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas, silba; pues cuando pasa por entre facciosos, habla; he aquí el origen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa también, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno á cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle cualquiera diría que tiene ojos en la cara, pero sería grave error: distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazón.



Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas: el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás seres, no extrañará cuánto de otras propiedades del faccioso maravillosos vamos á decir. ¡Hay nada más singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un horiguero, la sociedad de los castores? No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediatez de su macho, y que, arrancado éste y viuda ella, dobla su alta cerviz, se marchita, y perece como pudiera perecer una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga inteligencia sólo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicarlo; lo más que se puede deducir es que es sabia, admirable, incompresible la naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, juntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservación; se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado caballo; le chupan el jugo y absorben su sangre, que es verdadero riego, como las demás plantas el rocío. Otra cosa más particular: es planta enemiga nata de la correspondencia pública; donde quiera que aparece un correo, nacen en el acto de las mismas piedras facciosos por todas partes; rodándole, enredándole sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpiente y le ahogan; si no suelta la valija muere como Laomedonte, sin poderse rebullir; si ha lugar á soltarla, sálvese acaso. Diránme ahora, ¿y para qué quieren la valija si no saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprensible la naturaleza: toda la explicación que puedo dar es que se vuelven siempre á la valija como el heliotropo al sol.

Notan también graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una mujer, y así como esas desagradables florecillas llenas de púas y en forma de erizos que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa, así los facciosos, sobre todo los más talludos y los vástagos principales, se agarran á las cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce con facciosos pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Así que en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojito de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algún pueblo, el cual dejan exhausto, desolado y lleno de pavor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos teniendo dinero, sin dejarsele; bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda si no desnuda y arañada.

Muchas de las cualidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse, como son las de albergarse en tiempos pacíficos entre plantas mejores, como la cizaña entre los trigos, y pasar por buenas y tomar sus jugos de donde aquéllas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial, y aun perjudicialísima, el faccioso; pero también la naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos crió de paso los antidotos, dispuso que se supiesen remedios especiales, á los cuales no hay mata de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y donde quiera que se vea

descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle; hacer ahumadas de pólvora en los puntos de Castilla que, como Roa y otros, los producen tan exquisitos, es providencia especial; no se ha probado á quemarlos como los rastros, y aunque este remedio es más bien contra brujas, podría no ser inoportuno, y aun tengo para mí que había de ser más eficaz contra aquéllos que contra éstas. El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean á los facciosos claros como son y los distingan, sería el mejor antidoto: pero esto es más largo y para más adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demás, podemos concluir que ningún cuidado puede dar á un labrador bien intencionado la acumulación de facciosos; pues es cosa muy experimentada que en el último apuro la planta es también de invierno, como si dijéramos de huelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra nata que le presta el jugo, pierde como todas las plantas su virtud, es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio, que para proceder á él es necesario colgarlos uno á uno, y es operación larga. Somos enemigos, además, de los arbitrios desesperados, y así, en nuestro entender, de todos los medios contra facciosos parecemos el mejor el de la pólvora, y más eficaz aún la aplicación de luces que los agostan, y ante las cuales perecen barridos y deslumbrados.

MARIANO JOSE DE LARRA  
(Fijaro).

## La lámpara

Ardía una lámpara sobre una mesa. A la luz oscilante de la lámpara, tres hombres hablaban sentados.

El primero—un sacerdote—decía:—Existen las tinieblas y existe la luz, como existe la verdad y el error.

Todo lo que no es luz ó verdad es necesariamente tinieblas y error. Así todo el que no es griego es bárbaro, y es necesario que las fronteras rodeen la Grecia ó la razón.

El segundo de estos hombres, que se llamaba Diógenes y venía de Snopce, replicó:

—Las fronteras son convencionalismos humanos. Lo que realmente existe entre las cosas son transiciones insensibles; mejor dicho, las cosas en sí no son más que transiciones. Las groseras distinciones que hacemos tienen siempre límites convencionales ó arbitrarios; pero muchas de ellas son necesarias para que puedas hablar ó obrar. La palabra y el gesto forman en discontinuo lo que es continuo en la realidad.

Es necesario que conozcas estas cosas para que no te envanezas de tu pensamiento como un adivino y para que no te irrites como un juez contra el pesamiento de los demás. Pero es preciso que olvides la mitad de ellas cuando hables y las tres cuartas partes cuando obres; de lo contrario te expones á volverte mudo y paralítico.

Y añadió:

—Observa atentamente lo que sube de la lámpara; flota entre la sombra y la luz un círculo de incertidumbre que no llamarás ni sombra ni luz, sino penumbra. Y aun esta región no es homogénea en todas

sus partes; por unas aproximase á la noche, por otras á la claridad. La danza luminosa no es uniformemente densa y pesada. Y nadie, ni siquiera un dios, precisará el punto en que la luz se torna penumbra, el punto preciso en que la penumbra se transforma en tinieblas.

El que no había hablado aún añadió:

—Según eso, ninguno de vosotros puede precisar dónde comienzan las tinieblas, ó la luz acaba. Luego, lo que no puede definirse carece de realidad; y cuando vosotros decís *tinieblas* ó *luz*, pronunciáis vanas palabras. Mas el deber del sabio es callarse, á menos que no explique á los parlanchines el deber de hacerlo.

Los otros dos rieron.

Una carcajada, dijo el sofista amargamente, es una respuesta semejante á tu marcha, oh Diógenes, cuando mi maestro Zenón te demostró la imposibilidad del movimiento. Tu risa de hoy, oh Diógenes, y tu marcha de aquel día son acciones de ignorante. Yo las comparo, sin injusticia, al empujón ó al puñetazo con que un soldado creyera refutarme.

—¿Hay diferencia entre el calor y el frío? —interroga el cínico.

El discípulo de Zenón sonreía.

—Cuando tú puedas marcarme los límites con una línea precisa, yo veré diferencia entre ellos.

Diógenes tomó un dedo y lentamente lo aproximó á la llama. El sofista, admirado, dejóle obrar sin resistencia. Vino un instante en el que, después de un calor dulce al principio, cada vez más vivo luego, el dedo sintió el dolor. Entonces la mano se apartó huyendo de la quemadura.

Diógenes preguntó con una sonrisa amable.

—Explicanos el movimiento que acabas de hacer, tú que niegas el movimiento y el calor.

Luego, Diógenes rió largamente, mientras el otro decía palabras.

HAN RINER

### PRO INDULTO GENERAL

## Los presos políticos y sociales

Nosotros, los condenados por las leyes, los siempre perseguidos por la tiranía, los que con toda la fuerza de nuestra voluntad luchamos por ideales de libertad y de justicia, antes de abandonar la cárcel por la concesión de una amnistía, que figura virtualmente en el programa de las fiestas del centenario de las Cortes de Cádiz, creemos un deber de conciencia llamar la atención de la Opinión y de la Prensa, para que, por cuantos medios tengan á su alcance, hagan á los poderes públicos una manifestación intensa, ostensible y continua en demanda de un amplio indulto general que, secando piadosamente las lágrimas de muchas familias, abra un paréntesis al imperio del dolor y contribuya á que el pueblo español, agradecido, dé con su alegría una nota que armonice con la conmemoración de un hecho fausto.

Desde las fiestas del IV centenario del descubrimiento de América, no se ha concedido ningún indulto de carácter amplio, y gimen en las cárceles y en los presidios muchos desgraciados que fueron allí por un impulso pasional, irresistible, superior



á sus voluntades, y que están por demás arrepentidos de la comisión de un acto que ellos mismos desaprueban. Otros ya cen en la miseria presidial en «virtud» de textos absurdos, anacrónicos; los más por argucias leguleyescas en la interpretación de los códigos, y no faltan los que sufren por no haber tenido con qué «untar la péndola del escribano» que ironizó Cervantes.

Nosotros, que hacemos vida común con estos nuestros, compañeros de infortunio, sabemos que, pese á las leyes y á la justicia convencionales, carecen de libertad muchos hombres que con arreglo á los dictámenes de una Justicia justa, no habrían pisado los umbrales infamantes del presidio, y que muchos también, aunque cometieron crímenes, suspiran por volver al mundo de los hombres libres para acallar el hambre de sus hijos ó pasar tranquilos los postreros días de su existencia.

Es un acto de piedad el que se pide, no cabe duda; pero es también un acto de justicia, y hasta de saneamiento social; porque hay muchos hombres que no pueden continuar en la zahurda carcelaria sin peligro para sí mismos primero, y para la sociedad después. Privar á esos hombres de la esperanza en un indulto, es hacerles, por la desesperación, escépticos, pesimistas, cínicos, é inducirles á que cuando salgan de la prisión «cumplidos» digan á la sociedad con aplastante lógica: «Ahora ya no te debo nada; estamos en paz. Puedo hacer de nuevo lo que tú llamas delinquir, sin que tengas derecho á escandalizarte. Fuiste inexorable conmigo; no te debo agradecimiento ni consideración.»

Esto será inmoral, pero es el resultado lógico de todo procedimiento reaccionario, represivo y sin sentido común ni espíritu de conservación, por más conservador que se titule.

En virtud de lo expuesto y sin remitirnos á otras consideraciones que no encajan en este lugar y que harían demasiado extensa nuestra exposición, creemos razonable, piadoso, justo y político el amplio indulto que solicitamos y que exhortamos á pedir á España toda.

El hecho glorioso de 1812 no es menos significativo ni menos grande é importante para España y para la Humanidad que el de 1492.

Si los tripulantes de las carabelas españolas, desafiando el embate furioso de las olas, descubrieron un mundo nuevo, los diputados iberos reunidos en Cádiz, lograron, desafiando también los rigores de un mar de sangre y fuego, descubrir un mundo de ideas redentoras, al que deben su libertad América y España.

Esclavas las tierras vírgenes, que descubrió Colón, sufriendo el oprobio de todas las condiciones onerosas impuestas por el más astuto, deben guardar un sentimiento de gratitud hacia los legisladores gaditanos, y no menos gratitud les debe España por haberla libertado del yugo inquisitorial, timbre que basta á aquellos héroes para sobrepujar en la Historia Universal la talla de los Cristos y los Césares.

Se conmemora, pues, un hecho notable, hasta el punto de dar motivo á que nosotros elevemos nuestra humilde voz para decir á España:

Por las Cortes de Cádiz fuiste libertada de la Inquisición; por ellas puedes hoy emitir tu crítica y vivir en el concierto de las naciones cultas. Estás en el deber de suprimir las cadenas que pesan sobre muchos de tus hijos, devolviéndoles la libertad perdida. Sé piadosa.

Pero hacerlo solamente con los que hemos delinquirido de modo que nuestro castigo antes nos sirve de honra que de afrenta, es bien poca cosa. Queremos la libertad para todos porque concedérsela únicamente á nosotros es establecer un privilegio y no queremos ser mirados con envidia ni con odio. Creemos que todos los delitos son sociales, puesto que se califican de atentarios á la sociedad y la sociedad pide cuenta de ellos, aunque ella sea la determinante de su propio mal; pero aun visto de otro modo, más que al que luchó conscientemente contra la tiranía, hay que demostrar piedad al que inconscientemente abusó de su libertad. Nos otros, pues, pedimos gracia para nuestros hermanos condenados por delitos «comunes».

Creemos y esperamos que tanto por la solicitud nacional como por predisposición del gobierno será concedida esa gracia. De lo contrario, nuestra alegría al abrazar á nuestros hijos, á nuestras compañeras, á nuestros padres, no sería completa; porque nos acordaríamos de los que tal vez más delinquentes que nosotros, pero menos responsables, sufren las amarguras de una cruel desilusión, y de que en otros hogares menos afortunados que los nuestros, hay ancianos, mujeres y niños que lloran la pérdida del ser querido.

No, España, no lo consientas. Tú eres la soberana de ti misma y debes gritar á tus delegados:

¡Indulto, indulto!

¡Piedad, Justicia!

Destruye, España, tu leyenda triste.

El mundo civilizado te contempla.

¡Indulto, indulto!

Cárcel Modelo. Barcelona, 6-9-12.

Mariano Portolés.—Jaime Borrell.—Juan Gracia.—Luis Castellá.—Juan Altet.—Sebastián Rosado.—Federico Artigas.—José Canela.—Antonio Sebé.—Jaime Roca.—F. J. Gallegos.—Fidel Ribé.—J. Costa Pomés.—Arturo Gallifa.—Fernando Aragón.—Pedro Bonet.—Jaime Samsó.—Trino Altet.—José Escolá.—Melchor Cruz.

## UN APLAUSO

Los que en su día combatimos aquella amalgama política que se llamó «Solidaridad Catalana», por considerarla perjudicial á las libertades patrias y revivificadora de la fiera carlista—y que desgraciadamente no nos equivocamos,—bien podemos hacer constar nuestro aplauso a la campaña que viene haciendo desde las columnas de EL MOTIN, el batallador republicano y consecuente anticlerical Sr. Nakens, reproduciendo en sus páginas las escenas más culminantes y las fechorías más atroces que cometieron los que en nombre de Dios, Patria y Rey deshonraban, asesinaban, robaban é incendiaban á personas y pueblos, dejando á esta desgraciada nación española en la desolación y la miseria.

Y con mucha más razón debemos aplaudirla, ya que hoy estos elementos, apoyados indirectamente por el gobierno que preside el Sr. Canalejas, y por otra parte por todos los elementos clericales, vuelven, como dignos sucesores de aque-

llos bandidos llamados *requetés*, á realizar actos de bandidaje, ayer en San Feliú, hoy en Granollers, haciendo temer por medio de estas provocaciones y alardes de que nos llevarán á otra guerra civil para volver á saciarse de sangre humana.

No son ajenos á esta fomentación y organización de *requetés* los elementos clericales y demás instituciones monacales, como así lo demostraron en las pasadas guerras civiles, y actualmente los curas Brossa, Bullit, etc., etc., que su presencia no ha faltado en todos los inhumanos actos que han efectuado.

Los seminarios y demás escuelas católicas, como también algunas de municipales (como por ejemplo la que regenta el profesor Sr. Parés en esta ciudad), han sido el foco de organización de los *requetés*, haciéndoles comprender que ellos deben ser los soldados de la religión católica, y que han de salvarla de las iras de la revolución.

Y así nos encontramos con una infinidad de jóvenes que inculcados con estos *sanos* principios, están dispuestos á realizar toda clase de fechorías y hacer más cruenta la próxima guerra civil, que la llevarán á cabo si los verdaderos elementos liberales no se aprestan á combatirlos por todos los medios que estén á su alcance, ya morales ya materiales, como, por ejemplo, el de retirar todo medio de vida al clericalismo y demás gente de iglesia. Como también el de apartar de sus hogares todos aquellos actos y enseñanzas llenos de sofismas y prejuicios.

Si los verdaderos liberales van siguiendo como hasta hoy, que no mas hacen que dar vida, directa ó indirectamente á los llamados ministros de la religión católica, tengan por seguro que este proceder les llevará á que tengan que cavar su propia fosa donde habrán de sepultarlos.

J. S.

El Nuevo Ideal (Mataró).

## CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

## LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PEsETA

## Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.



# Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

«uno ó muchos beneficios, se dirigirá á los tesoreros del Papa que le venderán ese derecho á un precio moderado.»

\*\*

«El que por haber quebrantado un juramento quisiere evitar toda persecución y librarse de toda nota de infamia, pagará al Papa 131 libras 15 sueldos. Además entregará 3 libras para cada uno de los que le habrán garantizado.»  
Hagamos aquí otra pausa.

\*\*

Conrado, abad de Usperg, á quien algunos ateos califican de hombre piadoso, habla del libro que contiene el arancel que acabamos de copiar en parte, y exclama escandalosamente:

«¡Regocijate, oh, Vaticano! Ahora todas las arcas te están abiertas y puedes sacar de ellas tesoros á manos llenas. Recréate con los crímenes de los hijos de los hombres, ya que de sus desórdenes é iniquidades dependen tus riquezas. Estimula las obscenidades, excita á la violación, al incesto y hasta al parricidio mismo; ya que cuanto mayor sea el crimen, mas monedas de oro ha de reportarte.»

\*\*

La insensatez del abad no puede ser más notoria.

¿Qué quería? ¿Que las absoluciones costaran un dineral para que sólo la clase acomodada pudiese pecar con la seguridad de redimir el pecado y únicamente los pobres se viesan privados de la gloria eterna?

\*\*

Y no sólo insensatez, sino una maliciosa sofistería se descubre á primera vista en la exclamación del abad.

¿Cómo imagina hacernos creer que un arancel ideado para facilitar el perdón tenga por objeto incitar al vicio? Tanto valdría decir que quien inventa un remedio, es imbuído á contraer la enfermedad que lo requiere.

\*\*

¡Estimular el Pontífice el vicio! ¿Por ventura, no sostuvo siempre que era de fe el misterio de la Trinidad? ¿Dijo algo contra la Encarnación, el Purgatorio, la resurrección de la carne, ni contra ningún otro de nuestros sacrosantos dogmas, base firmísima é indispensable de la moral, y sin cuya creencia no podemos ser felices en la otra vida ni honrados en ésta?

\*\*

Esto debió mirar el abad, y después de haberlo mirado bien, habría comprendido que quien sostiene los divinos misterios es *ipso facto* columna de la virtud.

Pero el escandaloso abad, pervertido por las ideas modernas que á mediados del siglo xiv ya le habían penetrado, aún añadía:

«¡Regocijate, oh, Vaticano, y entona cánticos de alegría! ¡Ahora tienes el género humano sujeto á tus leyes! ¡Ahora reinas por medio de la prevaricación, por lo depravado de las costumbres y por el desbordamiento de las pasiones innobles! ¡Impunemente pueden cometer todos los crímenes los hijos de los hombres, pues saben que tú les vas á absolver por un puñado de oro. Con tal que te den oro, aunque lo manche la sangre ó la lujuria, abrirás el reino de cielos á los incontinentes, á los sodomitas, á los asesinos, á los parricidas; mas ¿qué digo? ¡A Dios mismo le venderás por un poco de oro!»

\*\*

No sé si todos los leyentes podrán ver sin indignarse estas locas exageraciones y los desprecios dirigidos contra un arancel que prueba una superior inteligencia de la relación de los delitos entre sí; el conocimiento de lo muy necesitados de perdones que andaban aquellos contemporáneos y el justo deseo de que si la mitad del oro corruptor servía para pecar, la otra mitad sirviese á lo menos para redimir el pecado.

\*\*

La historia refiere que el arancel de Juan XXII (que esté en gloria) fué sostenido en vigor por todos sus sucesores y fué desde entonces la base más ancha y sólida de las grandes operaciones financieras de los Pontífices: mal digo, de los reyes de Roma que desempeñaban el sagrado cargo de Pontífices.

\*\*

¿Y cómo no había de ser así? Su previsión admira, su armonía encanta, sus proporciones asombran.

\*\*

Veintisiete libras un sueldo costaba la absolución del infanticidio cometido por padre y madre puestos de común acuerdo.

Veintisiete libras un sueldo importaba el privilegio de entrar un espósito en las sagradas órdenes.

La igualdad, la identidad entre lo uno y lo otro, ¿llegaría á encontrarla nunca el filósofo racionalista más presumido, aunque pasase la vida entera llenando de números todas las pizarras del mundo.

No y mil veces no.

¡Y sin embargo, antes de mediar el siglo xiv ya había resuelto tan árduo problema el pontificado católico!

\*\*

Humillese la mundana seberbia de los que sólo tiene temerarias alabanzas para la edad moderna, y deprimen y insultan lo pasado; reconozcan su pequeñez é ignorancia los que se precian de ser guais de esa locura que hoy se llama progreso; dentro del pontificado está la solución de

todas las cuestiones que agitan los ánimos, perturbándolos; el pontificado, instituido por Dios mismo

(Aquí cada cual puede añadir lo que mejor le parezca, con tal que acabe diciendo aquello de *non prevalebunt* ú otro texto de autoridad equivalente).

\*\*

La absolución de la lujuria de un laico valía 27 libras 1 sueldo.

El permiso dado al bastardo de un cura para servir el curato de su padre valía 27 libras 1 sueldo.

¿Por qué esa igualdad de precio? pregunta el profano.

¿Por qué? ¡Ah sandio! Porque el deseo vehementemente que podía tener en aquella época un bastardo sacerdote de elevar la hostia en el mismo altar que su padre, no era más que mera lujuria; era lujuria espiritual, lo concedo, en cuanto al objeto á que se dirigía, y si moneda espiritual hubiese en este mundo caduco y deleznable, en esa moneda habría cobrado el Pontífice; mas no existiendo sino los viles metales que el siglo califica de preciosos. ¿qué resolución cabía más equitativa que poner el mismo precio á dos manifestaciones de un solo pecado?

Yo no sé de donde habré sacado esas teologías, pero ello es que una vez metido en ellas, casi me va pareciendo á mi mismo que tengo razón.

¡Digo! ¿l'endré *poer* la cienuecilla?

Pasemos, pasemos á otra cosa.

\*\*

Lutero, el perverso Lutero, de quien todo católico sabe ó da por sabidas las infamias, se insubordinó contra León X. y los engañados pueblos, á pretexto de que eran perniciosas aquellas mismas indulgencias tan útiles en esta vida como en la otra, le siguieron.

\*\*

Si eran ó no de gran valía aquellas indulgencias, el mundo católico lo pregona, y en prueba de ello citaremos un postrer argumento y ejemplo, cual es el del duque de Lorena que había comprado una gran partida de ellas, para estupro, para parricidio, para mero asesinato, y otra porción de necesidades aristocráticas.

\*\*

El hijo del duque, al hacerse cargo de la herencia, sostuvo el derecho de que dichas indulgencias le pertenecían, porque no eran al portador, sino transmisibles, y habría sido injusto que hubiese tenido que hacer un nuevo gasto para sus crímenes personales, después de lo que había gastado su padre, sin duda con la intención de dejar aquella ventaja á su familia, pues era de todo punto inverosímil que se hubiese propuesto él solo pecar por todo el valor de las indulgencias adquiridas.

(Continuad.)

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 21.—Ma drid.